

HABACUC, *abrazo*, uno de los “profetas menores”, probablemente Levita, y quizá cantor del templo. Compárese 3:19, con 1 Crón. 25:1-5. No sabemos nada de su vida, si no es que parece haber sido contemporáneo de Jeremías, y haber profetizado entre 630 A. C., duodécimo año del reinado de Josías, y 610 A. C., antes de la primera invasión de Judea por Nabucodonosor, 2 Rey. 24:1.

El libro de Habacuc consta de tres capítulos, todos los cuales constituyen un oráculo. En el primer capítulo predice las calamidades que los terribles y rapaces Caldeos harían sufrir en breve a la culpable nación judía; en el segundo, predice la futura humillación de los inicuos conquistadores. El tercero es una oda sublime y hermosa en que el profeta implora el socorro de Jehová, en vista de sus portentosas obras manifestadas en los antiguos tiempos, y expresa tener en él la confianza más segura. Nada, ni aún en la misma poesía hebrea, es más elevado y grandioso que esta oda triunfal que les inspira a los creyentes más afligidos gozo en Dios.

HABAS. Esta legumbre, así como otras varias, se usa todavía mucho en Siria, 2 Sam. 17:28. Florecen en Enero y aún en Marzo. Plinio alude al uso que de ellas se hacía mezclándolas con cebada, etc., para hacer pan, como se ve en Ezeq. 4:9.

HABOR, unida, “el río de Gozán,” un río, y probablemente también una comarca, de Asiria, 2 Rey. 17:6; 18:11; 1 Crón. 5:26, identificado con el Khabur, que corre al Eufrates en Karkesia. Tiene como 200 millas de largo, y atravesaba la provincia de Gauzanitis, (véase Gozán,) con la cual colindaba Calcitis, antiguamente Halah.

HADAR o HADAD, *fuerte*, hijo de Ismael, Gén. 25:15; 1 Crón. 1:30.

HADID, Esd. 2:33; Neh. 7:37; 11:34, en Dan, aunque pertenecía a Benjamín; es el mismo lugar que ahora se llama El-Haditheh, tres millas al este de Ludd.

HADORAM, *Hadar es exaltado*, I., Gén. 10:27; 1 Crón. 1:21.

II. Hijo de Toi, rey de Hamát, llamado Joram en 2 Sam. 8:10.

HADRAC, tierra de, Zac. 9:1, lugar que no se ha identificado; probablemente era parte de Siria.

HAGABA, uno de los Netineos, Esd. 2:45, 46; Neh. 7:48.

HAGEO, AGGEO, o HAGAI, *festivo*, uno de los “profetas menores” que probablemente acompañó a Zorobabel en el primer regreso de los judíos de Babilonia, 536 A. C. Profetizó durante el segundo año de Darío Hystaspis, 520 A. C., instando a sus paisanos a que prosiguiesen la edificación del templo, que había sido interrumpida por cosa de 14 años, y al fin suspendida, Esd. 4:4, 5, 23, 24. Los judíos se habían vuelto indiferentes, y rehusaron trabajar en esa obra hasta el fin de los setenta años. Las reconvenções de Hageo los despertaron de su indiferencia por algún tiempo, cap. 1:1-11; Esd. 5:1, 2; pero pronto desmayaron de nuevo, y recibió este el encargo de transmitirles otro mensaje a fin de animarlos por segunda vez, cap. 2:1-9. La gloria grandiosa del segundo templo consistiría, según él lo predijo, en que Cristo, “el Deseo de todas las naciones,” entraría en él y haría glorioso el lugar donde pusiese sus plantas. Les enseñó Hageo al pueblo además, que la observancia escrupulosa de los ritos externos no puede expiar la desobediencia para con Dios. Les aseguró que obtendrían la bendición del cielo puesto que habían comenzado a edificar, cap. 2:10-19. Pudo satisfacer también las preguntas de Zorobabel con respecto a las revoluciones nacionales predichas en el vers. 7, y a la salvación de Judá

representada por el mismo Zorobabel, vers. 20-23; Jer. 46:28. El libro sirve aún para amonestar al pueblo de Dios cuando es indiferente y tardío en su servicio, y alienta a los que se esfuerzan en edificar su templo espiritual, 1 Ped. 2:5.

HAGUIT, *regocijo*, una de las esposas de David, madre de Adonías, 2 Sam. 3:4.

HALAH, 2 Rey. 17:6; 18:11; 1 Crón. 5:26. Probablemente una provincia de la Mesopotamia, llamada Calcitis por Ptolomeo, sobre el Khabur, al norte de Gauzanitis. Véase Gozán y Habor. Se hallan vestigios de este nombre en el moderno Gla, gran terraplén levantado sobre aquel río.

HALAC, o HALAK, *liso*, quizá no es un nombre propio, sino epíteto que describe algún cerro desconocido en el límite sudeste de las comarcas conquistadas por Josué hacia el monte Seir, Jos. 11:17; 12:7, tal vez el paso es Sufali.

HAM, un lugar desconocido, perteneciente a los Zuzitas, Gén. 14:5.

HAMAT, o EMAT, *fortaleza*, l., ciudad importante y provincia de la Siria superior, fundada por una tribu cananea, Gén. 10:18. La expresión “hasta entrar en Hamat,” se refiere probablemente a la parte septentrional del valle a la cual se llegaba yendo de Palestina, entre el Líbano y el Anti-Líbano, lugar mencionado a menudo como el límite septentrional de Israel, Núm. 13:21; Jos. 13:5; Jue. 3:3. La tierra de Hamat, independiente al parecer en tiempo de David, 2 Sam. 8:9, 10, debió venir a quedar con el tiempo bajo el dominio de Salomón, porque él tenía en ella “ciudades de municiones” o bastimentos, para favorecer el comercio con el norte, 2 Crón. 8:4. Se menciona en las inscripciones asirias de la época de Acáb, como aliada de Damasco; fue recobrada por Jeroboam II, 2 Rey. 14:28; y tomada por los Asirios, 2 Rey. 18:34; 19:13; Amós 6:2, 14. Compare 1 Rey. 8:65. Hamat, ahora Hama, pertenece al imperio turco, está edificada en ambos lados del Orontes, y tiene 30,000 habitantes.

Il., *manantiales* o *baños calientes*, ciudad fortificada de Neftalí, Jos. 19:35, probablemente la ciudad levítica llamada Hamot-dor, Jos. 21:32, y Hamón, 1 Crón. 6:76. Cerca de una milla al sur de Tiberias hay todavía tres o cuatro hamam o manantiales calientes.

HAMBRE. Se registran en las Escrituras varias hambres sufridas en Palestina y los países circunvecinos, Gén. 12:10; 26:1; Rut 1:1; 2 Rey. 6:25; Hech. 11:28. La más notable fue la que duró siete años en Egipto y sus alrededores cuando José era Gobernador de aquel país, Gén. 41. Se distinguió esta por su duración, extensión y severidad—lo que fue más extraño por ser Egipto, a causa de su fertilidad, uno de los países menos expuestos a calamidades de ese linaje. El hambre es a veces producida por causas naturales, como en Egipto cuando el Nilo no inunda sus riberas, o en Judea cuando no hay lluvias en la estación lluviosa; o cuando las orugas, langostas u otra clase de insectos, destruyen los frutos. Pero todas estas causas naturales están subordinadas a Dios; y él a menudo las dirige de modo que sirvan para castigar a los rebeldes con carestías, 2 Rey. 8:1,2; Ezeq. 6:11; Mat. 24:7. La peor hambre es la espiritual, Amós 8:11.

HAMÓN-GOG, Ezeq. 39:11, 15, nombre profético dado a una cañada situada al este del Mar Muerto, en el camino que seguían los comerciantes que traficaban con la Arabia y el Egipto.

HAMOR, HEMOR, o CHAMOR, asno, Gén. 33:19; 34; Jue. 9:28, príncipe heveo, padre de Siquem. A sus hijos les compró Jacob cierto terreno por cien piezas de moneda, Gén. 33:19. Se le llama Hamor en Hech. 7:16, en donde se refiere que Esteban, hablando a hombres que conocían bien las Escrituras,

reunió sintéticamente en una, dos narraciones del Antiguo Testamento, relativas a dos compras y a dos lugares para inhumaciones, Gén. 50:13.

HANAMEEL, *la gracia de Dios*, hijo de Salum, pariente de Jeremías, de quien el profeta compró un campo antes de la cautividad, haciendo que la compra se registrase legalmente en prenda de la profecía que había hecho asegurando que su pueblo volvería a disfrutar de la posesión de sus bienes, Jer. 32:6-15, 37, 43, 44. Véase Anatot. La ley que prohibía la enajenación de las tierras levíticas, Lev. 25:32-34, no impedía, según parece, las ventas entre los miembros de la tribu de Leví.

HANANEEL, la torre de, en el muro noreste de Jerusalén, entre la puerta de los peces y la de las ovejas, Neh. 3:1; 12:39; Jer. 31:38; Zac. 14:10.

HANANI, *gracioso*, l., músico Levita, y director bajo el reinado de David, 1 Crón. 25:4, 25. 1014 A. C.

II. Vidente del tiempo de Asa, reducido a prisión a causa de su fidelidad, 941 A. C. Fue también el padre del profeta Jehú, 1 Rey. 16:1-7; 2 Crón. 16:7-10; 19:2; 20:34.

III. Hermano de Nehemías. Él transmitió a Susa una relación del miserable estado en que se encontraban los judíos que residían entonces en Jerusalén, y tuvo después a su cargo las puertas de la ciudad, Neh. 1:1-3; 7:2, 3; 446 A. C.

IV. Neh. 12:35, 36.

HANES, Isa. 30:4, ciudad de Egipto, probablemente Tahapanes.

HANÚN o HANÓN, rey de los Amonitas, cuyo padre Nahas había protegido a David en sus antiguos infortunios. Compare 1 Sam. 11. Con motivo de la muerte de Nahas, David envió una embajada para darle el pésame a su hijo. La vergonzosa acogida que tuvieron estos embajadores fue causa de que se les hiciera una guerra destructora a los Amonitas, 2 Sam. 10; 12:25-31; 1 Crón. 19; 20.

HAQUILA o HACHILA, collado en la tierra inculta cerca de Zif, (véase) que daba frente a Jesimón (véase). Sirvió de escondite a David y a sus 600, y allí le fue perdonada la vida a Saúl, 1 Sam. 23:19; 26:1, 3-12. Ahora se halla en Yekin o Hachin, una ruina en un cerro elevado que está situado entre valles que corren del norte al sur.

HARÁN, o ARÁN, *fuerte, montañés*, tercer hijo de Taré, hermano de Abraham y de Nacor, y padre de Lot, Milca e Isca. Nació en Ur, y murió antes de su padre, Gén. 11:26-31; 1990 A. C.

HARET, Bosque de, refugio de David, 1 Sam. 22:5. Conder lo identifica con la aldea de Kharas, una milla arriba de Kei-lah, en donde se hallan muros en ruinas, cisternas y cuevas, en una región llena de valles y de arbustos.

HAROD, terror, fuente cerca de Jezreel, en el valle situado entre el Pequeño Hermón y el monte de Gilboa, Jue. 7:1; 2 Sam. 23:25; ahora es Ain Jalud.

HAROSSET o HAROSSET-GOIM, *de las gentes*, llamada así por su población mixta; ciudad en el norte de Canaán, residencia de Sisara, Jue. 4:2, 13, 16. Thomson la sitúa en la base del monte Carmelo, a la entrada del estrecho paso por el cual corre el Cisón de la llanura de Esdraelón a la de Acre. Allí se

encuentran una aldea y una gran mole con ruinas, llamadas Harothieh. Stanley y algunos otros sitúan a Haroset cerca del lago Merom.

HASABÍAS, *a quien Dios considera*, nombre de muchos descendientes de Leví, 1 Crón. 26:30; 27:17, etc.

HASAR-ADAR, HAZAR-ADDAR, o AHAZAR-ADDAR, Núm. 34:4, llamada Adar en Jos. 15:3, situada en el límite meridional de la Palestina, al oeste de Cades, ahora el Kudeirat, en una cordillera que está entre Canaán y el desierto.

HAURÁN, *cuevas*, un país al este del Jordán y al sur de Damasco, que limita a la Palestina al nordeste, Ezeq. 47:16, 18; su nombre fue cambiado en Auranitis por los Griegos y los Romanos; pero ahora es el Hauran. Estaba incluido indefinidamente en Basán, el reino de Og, Núm. 21:33-35. Sus límites variaron en diferentes periodos, incluyendo a veces además de la hermosa y fértil región llamada ahora en-Nukra, (el granero de Damasco ocupado por agricultores árabes,) el rocalloso Traconitis al nordeste, ahora el-Lejah, y la cordillera de Haurán que va de norte a sur en el este. Presentan estos cerros y rocas un asombroso número de ciudades y poblaciones arruinadas. Véase Basán. Estos edificios, que incluyen iglesias y anfiteatros, las atribuye Wetzstein a los Árabes de Yemen, que se establecieron allí y fueron cristianizados, conservando esa tierra hasta que fue conquistada por los Musulmanes en 635 A. D. Cree que en algunas de las moradas subterráneas del monte Haurán se descubren vestigios de los antiguos Rafaítas, Gén. 14:5; Deut. 3:13.

HAVILA, circuito, I., Gén. 2:11, según unos, en el límite sudeste del Mar Negro; según otros, en la cabecera del Golfo Pérsico. Véase Edén.

II. Descendiente de Cam, Gén. 10:7.

III. Descendiente de Sem y Joctán, Gén. 10:29. Algunos suponen que estos dos Havilas dieron el nombre a una región en que hay Cusitas y Joctanitas, y sitúan a aquella en Yemen, en la Arabia Feliz, llamada ahora Khaulan.

IV. Gén. 25:18, frontera de los Ismaelitas, que Kalisch supone haber sido una región situada entre el Golfo Pérsico y el Arábigo.

V. 1 Sam. 15:7; esta se cree que es la región que se halla alrededor del monte Seir.

HAVOT-JAIR o JAVOT-JAIR, chozas o aldeas de Jair, 23 aldeas tomadas por Jair, hijo de Segur, a las cuales se les dio el nombre de aquél, Núm. 32:41. Se aumentó el número de ellas hasta 30 en tiempo del juez Jair, Jue. 10:4. Estaban en Galaad o Basán, y se supone que formaban con Kenat y las poblaciones a ella pertenecientes tomadas por Noba, Num. 32:42, las 60 ciudades cercadas de que se trata en Deut. 3:3; 4:14. Otros las distinguen diciendo que unas estaban en Galaad, y las otras en Basán. Véase Rey. 4:7, 13.

HAYA. Árbol siempre verde, de hermosa apariencia, cuyo elevado tamaño y denso follaje proporcionan sombra y abrigo espaciosos. La palabra hebrea, según parece, significa a menudo ciprés, nombre que puede verse. Se usaba para construir buques, Ezeq. 27:5; para instrumentos de música, 2 Sam. 6:5; para vigas y cabríos de casas, 1 Rey. 5:8, 10; 9:11; Cant. 1:17. En Nah. 2:3, la palabra "hayas" significa lanzas hechas de ciprés.

HAZAEEL, *Dios está viendo*, oficial de Ben-adad rey de Siria. Su futuro advenimiento al trono fue revelado al profeta Elías, 1 Rey. 19:15. Muchos años después fue enviado por Ben-adad a consultar a Elíseo, que estaba entonces en Damasco, a cerca de su restablecimiento de la enfermedad que le aquejaba, y al día siguiente Hazael dio muerte al rey poniéndole en la cara un lienzo mojado en agua, 2 Reyes 8:7-15, 886 A. C. Su confusión ante la presencia del profeta era un indicio de que ya había meditado este crimen. Habiendo usurpado el trono, reinó 46 años; y con la guerra cruel y coronada de buen éxito que hizo a Judá y a Israel, justificó la previsión de Eliseo, 2 Rey. 8:28; 10:32; 12:17; 13:3, 7; Compare 2 Crón. 22:5; Amós 1:3, 4. Hazael se menciona en los monumentos asirios, como antagonista, y después como tributario. Su hijo Ben-adad perdió las conquistas que él había hecho, 2 Rey. 13:25; 14:25-27; Amós 1:4.

HAZAR o HAZER, plural Hazerim y Hazerot, cercado, aldea, se halla en muchos nombres hebreos, y denota un conjunto semi-permanente de habitaciones, como las hechas de paredes de toscas piedras y techadas con lona, que todavía se usan en el Oriente.

HAZAR-ENÁN, *ciudad de manantiales*, en donde se unen los límites norte y este de la tierra prometida, Núm. 34:9, 10; Ezeq. 47:17; 48:1. Quizá sea Ayun-ed-Dara, una fuente que se halla en medio del Ante-Líbano.

HAZAR-HATICÓN, *aldea de en medio*, en el límite de Haurán, Ezeq. 47:16.

HAZAR-MAVET, *corte de la muerte*, tercer hijo de Joctán, Gén. 10:26; 1 Crón. 1:20, antecesor del pueblo de Hadramaut en el sudoeste de la Arabia, región que abunda en mirra e incienso, pero mal sana.

HAZAR-SUAL, *aldea del adiva*, en el sur de Judá, Jos. 15:28, otorgada después a Simeón, Jos. 19:3; 1 Crón. 4:28, poblada de nuevo después de la cautividad, Neh. 11:27. Es la Saweh de nuestros días, entre Beerseba y Moladah.

HAZAR-SUSA y HAZAR-SUSIM, *aldea de caballos*, Jos. 19:5; 1 Crón. 4:31. Ahora Beit-Susin, al sur de Beit-Jibrin.

HAZERIM, [algunas traducciones antiguas] *aldeas*, Deut. 2:23, antigua habitación de los Aveos, Jos. 13:3, 4, en la parte más meridional de Canaán.

HAZEROT, *aldeas*, segunda estación de los Israelitas adelante del monte Sinaí, Núm. 10:11, 33; 11:3, 34, 35; 33:17, 18, en donde Aarón y María hablaron contra Moisés, Núm. 12:1-10; probablemente Hudhera, cuarenta millas al nordeste del Sinaí.

HAZOR o ASOR, *cercado*, l., ciudad principal del norte de Canaán, cerca del lago Merom, cuyo rey Jabín, a la cabeza de una hueste aliada, fue derrotado por Josué, Jos. 11:1-13. Hazor se rehízo, sin embargo, y por algún tiempo oprimió a los Israelitas; pero fue subyugada por Barac, fortificada por Salomón, y permaneció en poder de Israel hasta la invasión de Teglath-falasar, Jos. 19:36; Jue. 4:2; 1 Rey. 9:15; 2 Rey. 15:29. Su sitio sugerido por Wilson y Anderson, miembros de la Sociedad Inglesa para la medición de la Palestina, es Tell Hara, collado que está dos y media millas al sudeste de Cades, en donde se hallan ruinas antiguas.

II. Ciudad en el sur de Judá, Jos. 15:23.

III. Otra ciudad del sur de Judá, Hazor-hadata, Jos. 15:25, llamada ahora el-Hudherah.

IV. Otra ciudad también mencionada en Jos. 15:25, en cuyo pasaje el canónigo Dr. Cook Lee “Cariot-Hesron, que es Hazor,” y la identifica con Kurretein.

V. Ciudad de Benjamín, Neh. 11:33.

VI. Región de la Arabia que no se ha identificado, assolada por Nabucodonosor, Jer. 49:28-33.

HEBER, o EBER, alianza, I., nieto de Aser, Gén. 46:17; Núm. 26:45; 1 Crón. 7:31.

II. Un Cineo de los hijos de Hobab. Residía en el norte de Canaán, y parece haber sido hombre notable. Su mujer Jael dio muerte a Sisara, Jue. 4:11, 17; 5:24.

III. Luc. 3:35. Véase Hebreos.

IV. Hijo de Sala y padre de Peleg en el linaje patriarcal, 22:81-1817, A. C. El interés especial que tiene, es que los Hebreos pretenden que de él se deriva el nombre que llevan, Gén. 10:21, 24, 25; Luc. 3:35; 1 Crón. 1:19. Véase Hebreos.

V. 1 Crón. 5:13, jefe entre los hijos de Gad, en Basán.

VI. 1 Crón. 8:12, un Benjamita.

VII. 1 Crón. 8:22, jefe en Benjamín, como 600 A. C.

Otros de este nombre se mencionan en 1 Crón. 4:18; 8:17.

HEBREOS. Aquella rama de la posteridad de Abraham cuyo domicilio estaba en la tierra prometida. Este nombre se aplica primero a Abraham mismo, Gén. 14:13, y generalmente se supone que se derivó de Heber, Gén. 10:24; 11:14-17, que fue el último de los patriarcas que tuvieron larga vida, y sobrevivió a Abraham mismo. Después de la muerte de este, él fue por muchos años el único antepasado de Isaac y de Jacob que continuó viviendo. Otros derivan este nombre del verbo hebreo *abar*, pasar sobre, y suponen que se le aplicó a Abraham por los Cananeos, como el hombre de más allá del Éufrates. “Hebreos,” según parece, fue el nombre dado al pueblo escogido de Dios, y usado por este en sus relaciones con los extranjeros, Gén. 39:14; 40:15; 41:12; Ex. 2:7; Deut. 15:12; 1 Sam. 4:6; Jonás 1:9. Su nombre nacional, es decir, el nombre que él llevaba dentro de su propio país, era el de “los Hijos de Israel.” Compare Exod. 3:15 y 18. El nombre “judíos” aplicado primero a los habitantes de Judea solamente, 2 Rey. 16:6, se hizo después más general.

1. Origen. Dios escogió a Abraham en Ur de los Caldeos para que fuese el fundador de la nación hebrea, Gén. 11:31; 12:1, 2; por conducto de Isaac y de Jacob, de donde le vienen a aquella los nombres de “siente de Abraham,” y de “hijos de Israel o de Jacob,” Exod. 1:13; Sal. 105:6; Juan 8:37.

2. Gobierno. Este fue patriarcal bajo Abraham, Isaac y Jacob. Después de los 430 años que permanecieron en Canaán y en Egipto, durante 215 de los cuales estuvieron sujetos como esclavos a los reyes egipcios, Gén. 15:13; Exod. 1, Dios los sacó de allí, valiéndose para ello de su siervo Moisés, y estableció la teocracia, Exod. 6:7, forma de gobierno en la que Dios es el rey reconocido de Estado, le da

sus leyes, y dirige de una manera especial todos los negocios nacionales. Este gobierno fue administrado de diversos modos bajo la dirección del legislador Moisés, de su sucesor Josué, de los Jueces, de los Reyes y de los Sumo-sacerdotes; pero en medio de todos estos cambios y revoluciones, Dios fue considerado como el verdadero monarca de Israel, y servido con más o menos lealtad. En el tiempo de Moisés, Dios habitó entre los Hebreos como un rey en su palacio o en medio de su campamento. Él les dio la ley moral, ceremonial, social y política, y los amalgamó en una nación homogénea durante los 40 años que vagaron por el desierto. Moró entre ellos de una manera visible, en una columna de nube y fuego, dispuso cuáles habían de ser sus jornadas y campamentos, se mantuvo accesible para que le consultasen; los socorrió en sus emergencias, les suministró milagrosamente cuanto necesitaban, y a la vez castigó sus rebeliones. Aquel fue el tiempo de la teocracia en el sentido estricto de la palabra. Bajo el gobierno de Josué y los Jueces, casi todo continuó del mismo modo: el primero fue designado por Dios, Núm. 27:18-21, y estando poseído del espíritu que animó a Moisés, no emprendió nunca nada sin consultar a Jehová; y los últimos fueron jefes levantados por Dios mismo para librar a los Hebreos y gobernarlos en su nombre. La solicitud que el pueblo hizo pidiendo rey, ocasionó a Samuel, el juez-profeta, gran inquietud, porque él consideraba ese acto como una manifestación de hostilidad al gobierno teocrático, 1 Sam. 8:6, 7. Dios accedió a los deseos del pueblo; pero conservó sin embargo la soberanía de su propia autoridad, y, exigió obediencia de parte de todos. Él nombró a Saúl y lo depuso más tarde, 1 Sam. 10:1; 16:1, y eligió a David, 16:12, a Salomón y a sus descendientes, 1 Crón. 28:6, 7.

3. Religión. La religión de los Hebreos puede considerarse bajo diferentes puntos de vista, según el estado en que ellos se encontraban como nación. Bajo el gobierno de los patriarcas eran instruidos en la voluntad de Dios por medio de revelación inmediata; su culto se componía de oraciones y sacrificios; se oponían a la idolatría y al ateísmo; empleaban la circuncisión como el sello que había sido designado para el pacto hecho por Dios con Abraham, y seguían las leyes que la luz de la gracia y de la fe descubren a los que con sinceridad buscan a Dios, y procuran conocer su justicia y su verdad. Vivían esperando el Mesías, el Deseo de todas las naciones, para realizar las esperanzas y aspiraciones de ellos y para instruirlos y bendecirlos plenamente. Tal fue la religión de Abraham, Isaac, Jacob, Judá, José, etc., quienes conservaron el culto de Dios y las verdaderas tradiciones. Después del tiempo de Moisés, la religión de los Hebreos adquirió mayor fijeza, y se señalaron con grande exactitud las ceremonias, los días de fiesta, las oraciones y los sacrificios. Toda esta dispensación o sistema prefiguraba solamente aquella más perfecta que se establecería en tiempos posteriores cuando viniese el Mesías, y sacase a la luz en su evangelio la vida y la inmortalidad, e hiciese una completa expiación por los pecados del mundo, Heb. 8:7; 10:1; 1 Ped. 1:10-12. Véase Tipo.

La larga permanencia de los Hebreos en Egipto había creado en ellos una fuerte propensión a la idolatría; y ni los milagros de Moisés, ni las precauciones de que él se valió para apartarlos del culto de los ídolos, ni el rigor de las leyes que les transmitió, ni las espléndidas señales de la presencia de Dios que se dejaron ver en el campamento israelita, fueron parte a vencer tan perniciosa perversidad. Bien se sabe con cuanta facilidad se prestaron a la adoración del becerro de oro, cuando acababan de ser testigos oculares de tan sublimes maravillas, y más tarde ni aun Saúl y David con todo su poder pudieron reprimir por completo desórdenes tan arraigados. Las supersticiones que ninguno se atrevía a ejercer en público, eran practicadas en secreto. Sacrificaba el pueblo en los lugares altos, y consultaba a los adivinos y a los magos. Salomón mismo, a quien Dios había escogido para que le edificara un templo, llegó a ser piedra de tropiezo para Israel. Erigió altares a los falsos dioses de los Fenicios, Moabitas y Amonitas, y no sólo permitió a sus esposas que los adoraran, sino que él mismo, hasta cierto punto, también los adoró, 1 Rey. 11:5-7. La mayor parte de sus sucesores manifestaron una debilidad análoga. Jeroboam introdujo en Israel el culto de los becerros de oro, cosa que echó tan profundas raíces, que nunca fue extirpada de un todo. Por esto fue que Dios dejó caer a los Hebreos en las manos de sus

enemigos, y los castigó con el cautiverio y la dispersión. Véase Idolatría. Según parece, después de la cautividad, se vieron los Israelitas enteramente libres del culto de los ídolos; pero todavía eran corrompidos, y estaban lejos de Dios; y habiendo llenado hasta el borde el cáliz de sus culpas rechazando y crucificando al Señor de la Gloria, fueron extinguidos como nación, y vinieron a ser extranjeros y peregrinos en toda la tierra.

4. Historia política. Puede dividirse en siete periodos, como sigue:

(A) Desde Abraham hasta el Éxodo. Este periodo abraza la época patriarcal y la de la permanencia en Egipto. Los descendientes de Jacob moraron allí 215 años, y durante ese tiempo los Egipcios los redujeron a esclavitud. Véanse Abraham, Isaac, Jacob, José, etc.

(B) Desde el Éxodo hasta el establecimiento de la monarquía. Los Hebreos fueron librados de Egipto por Jehová, por medio de Moisés, quién los sacó de allí con grandes señales y maravillas, y los condujo al Sinaí y allí les dio la ley. En seguida, después de 40 años de peregrinación, los llevó a los límites de la tierra prometida. Allí murió Moisés, y fue sucedido por Josué, quien conquistó el país deseado, y lo repartió por suerte entre las tribus. Desde este tiempo fueron gobernados en el nombre de Jehová, por jefes, jueces o gobernantes patriarcales, hasta el tiempo de Samuel en que se cambió el gobierno estableciéndose la monarquía, y Saúl fue elegido rey. Véanse Moisés, Éxodo, Jueces, Samuel.

(C) Hasta la división del reino. Este periodo, de cerca de 120 años, incluye la época de la mayor prosperidad de Israel, bajo los reinados de David y Salomón. David, joven pastor, pero hombre según el propio corazón de Dios, fue hecho rey en lugar del desobediente y desechado Saúl, y fundó una familia que continuó reinando en Jerusalén hasta la entera subyugación del país por los Caldeos. Durante los reinados de David y Salomón fue cuando más se ensancharon los límites del territorio de Israel, 1 Rey. 4:21-24. Las naciones extranjeras entonces fue cuando más reconocieron la gloria y el poder de ese reino, 1 Rey. 5:1; 10:1. Pero en el reinado de Salomón, que fue el periodo de la mayor prosperidad, fue también cuando empezaron a advertirse las señales de la decadencia, la que fue motivada con la introducción de la idolatría y el empleo de la opresión, 1 Rey. 11:4-8; 12:4. Véanse Saúl, David, Salomón, Templo.

(D) Hasta la vuelta de la cautividad. Muerto Salomón, se le rebelaron diez tribus a su hijo Roboam, y formaron bajo Jeroboam un reino aparte, el de Israel, entre el cual y el de Judá hubo siempre discordias y frecuentes guerras. Ambos pueblos cayeron en la idolatría, y de tiempo en tiempo se les enviaron profetas para reprenderlos, amonestarlos e instruirlos. Enmiendas temporales y parciales respecto de la idolatría, eran seguidas por nuevas caídas. Ambos reinos se pusieron en pugna con las naciones circunvecinas, las que fueron instrumentos de Dios para castigarlos por sus pecados, y tanto el uno como el otro decayeron en poder, hasta que finalmente los habitantes de el del norte fueron llevados cautivos por los Asirios, 721 A. C., 2 Rey. 17:6-18, y los de el del sur, por los Babilonios, 588 A. C., 2 Rey. 25:1-21. Entre los años 536 y 457 A. C., dos colonias de Hebreos, principalmente de las tribus de Judá, Benjamín y Leví, volvieron a su patria al mando de Zorobabel y Esdras, Esd. 2:2; 8:1, y después al de Nehemías, en 445, Neh. 2:7-11. Reedificaron el templo, los muros y las casas de Jerusalén, e intentaron restablecer su nación; pero la mayoría de esta prefirió permanecer en las tierras de su cautividad. Véase Reyes.

(E) Hasta la venida de Cristo. En violación de lo mandado por Dios, Jer. 42:7-22, muchos judíos después de la conquista efectuada por los Caldeos, fueron a Egipto, Jer. 43:1-7, cayeron allí en la idolatría, Jer. 44:15-19, y fueron llevados cautivos por Nabucodonosor cuando éste invadió a Egipto, 570 A. C, Jer.



46:13-28. Más tarde bajo el régimen de Alejandro el Grande y los Ptolomeos, gran número de judíos se establecieron en Egipto, en donde disfrutaron muchos privilegios. En Alejandría llegaron a ser extraordinariamente numerosos, y allí bajo el patrocinio de Ptolomeo Filadelfo, 285 A. C., sus hombres eruditos hicieron la versión Septuaginta del Antiguo Testamento. Por el año 168 A. C., los judíos erigieron un templo en Leontópolis en el Bajo Egipto, y practicaban su culto según el ritual mosaico. Este templo así como el de Jerusalén, fue destruido en el reinado de Vespasiano. Philo (o Filo) el célebre filósofo judío, e historiador contemporáneo de Cristo, tenía su residencia en Alejandría.

Después de la vuelta de la cautividad, 536 A. C., los judíos permanecieron bajo el dominio de Persia hasta el derrocamiento de ese reino por Alejandro el Grande, quien les concedió a ellos muchos favores. Muerto éste y dividido su reino, 323 A. C., la Palestina estuvo por más de un siglo alternativamente sujeta a los Ptolomeos Greco-Egipcios, y a los Seleucidas Greco-Sirios, “reyes del Sur” y “del Norte,” quienes con motivo de sus frecuentes guerras, pasaban a menudo por ese país con sus ejércitos. Los judíos se rebelaron finalmente contra Egipto después de la persecución que les hizo Ptolomeo Filopator, y se unieron a Antíoco el Grande de Siria, 203 A. C., quien los trató bondadosamente; pero su hijo el menor, Antíoco Epífanes, violó el templo y lo dedicó a Júpiter Olímpico, y se empeñó en obligar a los judíos a que adorasen a las divinidades paganas. De los judíos, un partido guiado por los renegados Sumo-sacerdotes Jasón y Menelao, abogaba por la adopción de las costumbres griegas; mientras que la masa del pueblo se adhirió a su antigua fe, y muchos sufrieron el martirio y la muerte antes que apartarse de Jehová. Estos fueron acaudillados por la familia sacerdotal y real de los Asmoneos y Macabeos, y después de una lucha de 30 años, conquistaron su independencia, habiéndose hecho la paz con el rey Sirio Antíoco Si-detes, por Juan Hyrcano, 133 A. C. Su hijo Aristóbulo asumió el título de rey, 133 A. C. Desde ese tiempo hasta 63 A. C., en que Jerusalén fue tomada por Pompeyo, la nación estuvo comprometida en guerras exteriores y en luchas domésticas entre los partidos rivales de los Fariseos y Saduceos. El idumeo Antipater, padre de Herodes, fue hecho procurador de Judea, 47 A. C., y diez años después lo fue Herodes—a quién el Senado Romano le confirió la corona de Judea—y tomó posesión del reino con el auxilio del ejército romano. Véase Herodes.

(F) Hasta la destrucción de Jerusalén. Según refieren los evangelios, la nación judía rechazó al Mesías, y despreciando así el grande ofrecimiento de misericordia hecho por Dios, se atrajo a sí misma su completa ruina, Mat. 23:24-37. Los judíos tuvieron mucho qué sufrir del cruel gobierno romano, después de Pilato, y por último, fueron provocados a una insurrección, la cual dio por resultado la destrucción del templo y de Jerusalén, 70 A. D. El ejército romano al mando de Tito atacó la ciudad a tiempo que la nación se reunía allí para celebrar la pascua. Fueron los judíos víctimas de espantosos sufrimientos, y perecieron multitud de ellos conforme a las predicciones del Salvador, Mat. 24:2; Luc. 21:20-24.

(G) Hasta los tiempos modernos. Después de la caída de Jerusalén, los judíos fueron esparcidos por todo el Imperio Romano, y gran número de ellos fueron vendidos como esclavos. Muchos volvieron después a las ruinas de Jerusalén. Los judíos fueron admitidos a la ciudadanía romana por el emperador Claudio, pero fueron tratados con gran severidad por sus sucesores. En el reinado de Adriano, 135 A. D., muchos de ellos se agruparon bajo el estandarte del fanático Bar-cocheba que se proclamó como Mesías; pero los Romanos dieron en breve un fin sangriento a esa insurrección, desolando de nuevo a Judea, volviendo a destruir a Jerusalén, y estableciendo en sus ruinas una colonia romana, a la que dieron el nombre de Elia Capitolina, y prohibieron a los judíos que entraran en ella. El emperador Juliano, movido por su hostilidad al cristianismo, hizo después una tentativa infructuosa para reedificar el templo, 331-363 A. D.

Desde la caída del Imperio Romano de Occidente, 476 A. D., los judíos han tenido gran variedad de amos y de fortuna, y han sufrido muchas persecuciones crueles. Diseminados por toda la redondez del mundo, y expuestos en casi todas partes al desprecio y a la opresión, han continuado sin embargo, formando un pueblo distinto, practicando en todo lugar las observancias que les son peculiares, tales como la circuncisión, ejecutada según la ley de sus padres, el gran día de expiación, la guarda del día de descanso que efectúan el sábado, y no el domingo, día cristiano del Señor. Han conservado también la observancia de la pascua, si bien no siempre en la misma forma. Sea cual fuere el país donde estén, consideran a Judea como su patria, y a Jerusalén como su metrópoli.

Por muchas que sean las comodidades de que gocen en el lugar de su residencia, esperan ver revivir a Sion y a Jerusalén de en medio de sus cenizas. El haber seguido existiendo como pueblo distinto de los demás es una prueba constante de la verdad de las Escrituras y de la religión cristiana, así como lo es de la judía. Pone también de manifiesto el providencial cuidado que Dios ejerce para con ellos, y la intención que Él tiene de cumplir las misericordiosas promesas que ha hecho respecto de su porvenir, Rom. 11:26.

Los Hebreos están divididos en varias sectas. Algunos de ellos, a quienes se puede considerar como sucesores de los antiguos Fariseos, están sumamente apegados a las tradiciones de los rabinos, y a las numerosas observancias ceremoniales consignadas en el Talmud. Otros como los Caraitas, rechazan estas, y se adhieren solamente a la Biblia. Los judíos rabínicos, que son los más numerosos, reciben también el nombre de ortodoxos. Muchos judíos son meramente deístas, y muchos ateos. Entre estos extremos se hallan los “conservadores” y los reformados o liberales. El gran teólogo judío Moisés Marmónides, 1135-1204 A. D., redactó una confesión de fe usada todavía por los ortodoxos. Demarca la época moderna el nombre de Moisés Mendelssohn, 1729-1786, cuya traducción del Pentateuco en alemán, con comentarios, fue la obra que sirvió de base a la reforma judaica. En el presente siglo, casi todas las naciones europeas han otorgado a los judíos libertad política e igualdad civil. En los Estados Unidos también disfrutaban ellos de estos privilegios en toda su plenitud. Los judíos estrictamente ortodoxos o rabínicos, predominan en Rusia, Polonia y el Oriente; los conservadores, en la Gran Bretaña, Francia y Holanda; y los reformados, en Alemania y América. En estos últimos años ha aumentado en Jerusalén el número de habitantes judíos. Allí se reúnen estos todos los viernes donde están los cimientos de los muros del templo, y se lamentan de los pecados de sus antepasados y de la desolación de Jerusalén. Véase Muros.

Los judíos se han distinguido en casi todos los oficios y carreras, y muchos grandes hombres de Estado, artistas, literatos y científicos, han salido de entre ellos. Desde hace mucho tiempo han sido los banqueros del mundo. Su número se estima ahora en 6,000,000, de los cuales unos 50,000 residen en la ciudad de Nueva York.

Relativamente a la lengua de los judíos, véase Lengua.

“Hebreo de los Hebreos,” un individuo de pura descendencia hebrea, tanto por parte del padre como de la madre, Filip. 3:5.

Hebreos, Epístola a los. El objeto de esta epístola, que se cuenta entre los libros más importantes del Nuevo Testamento, fue el probar a los Hebreos cristianos, tomando por base el Antiguo Testamento, la divinidad, humanidad, expiación e intercesión de Cristo, y particularmente la preeminencia de él respecto de Moisés y los ángeles de Dios; el demostrar la superioridad del evangelio respecto de la ley, y el objeto y designio reales de las instituciones mosaicas; el fortificar el ánimo de los Hebreos convertidos

contra la apostasía a que estaban expuestos con motivo de la persecución, y empeñarlos a observar un comportamiento digno de su profesión cristiana. Considerada en este aspecto, la epístola sirve de clave a las Escrituras del Antiguo Testamento, y es altamente valiosa por cuanto suministra una clara elucidación y una demostración inspirada e incontestable de la doctrina del gran sacrificio expiatorio, tal como se expone en dichas Escrituras. El nombre del autor de esta epístola no se menciona en ninguna parte. Muchos la atribuyen al apóstol Pablo, otros a Apolos, a Lucas o Bernabé. No falta quien sea de opinión que puede haber sido escrita por Pablo en hebreo, y traducida al griego por Lucas o algún otro discípulo del gran apóstol. Esto explicaría la diferencia de estilo y de unidad de sentimiento que se nota en ella cuando se la compara con los escritos conocidos de Pablo. Se cree que fue escrita en Italia por el año 63 A. D. Véase Pablo.

HEBRÓN, *amistad*, I, antigua ciudad de Canaán, y una de las más viejas del mundo, edificada siete años antes que Tanis (Soan), la capital del Bajo Egipto, Núm. 13:22. Antiguamente se la llamaba Kiriath-arba, (Véase Arba) y Mamré, y fue la residencia favorita de los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob. Allí fueron ellos también sepultados, Gén. 13:18; 14:13; 23:2-19; 35:27. Bajo los gobiernos de Josué y Caleb, y cuando dicha ciudad pertenecía a los Cananeos, los Israelitas la conquistaron, y fue después asignada a los sacerdotes y convertida en ciudad levítica de refugio. Jos. 14:13-15; 13:13; Jue. 1:10, 20. Fue la residencia del gobierno de David durante los siete años que ese monarca reinó sobre Judá solamente, 2 Sam. 2:3; 5:5. Allí levanto Absalón el estandarte de la rebelión, 2 Sam. 15:9, 10. Fue fortificada por Roboam, 2 Crón. 11:10; y vuelta a ocupar después de la cautividad, Neh. 11:25. Fue recobrada del poder de los Idumeos por Judas Macabeo, quemada por los Romanos, 69 A. D.; tomada por los Mahometanos en el siglo séptimo, y por los cruzados a principios del siglo doce. Fue la residencia de un “episcopado” hasta 1187, año en que cayó otra vez en manos de los Musulmanes, y así ha permanecido. Es una de las cuatro ciudades santas de estos, y un foco de fanatismo. Es también una de las cuatro ciudades santas de los judíos. En la actualidad, Hebrón es una ciudad sin murallas, con cerca de 10,000 habitantes, de los cuales 500 son judíos, y el resto Turcos y Árabes. Se halla en un valle profundo y en la ladera de un cerro inmediato, en el antiguo país montañoso de Judea, como 20 millas al sur de Jerusalén, y 20 al norte de Beerseba, a una elevación de 3,040 pies sobre el nivel del mar. Su moderno nombre arábigo de El-Khulil, “el amigo,” se le ha puesto en honor de Abraham, “el amigo de Dios.” En uno de los barrios de la ciudad está el Haram, que es un cercado sagrado que rodea una pequeña mezquita. Generalmente se cree que esta está edificada sobre la venerada cueva de Macpela. El edificio exterior está hecho de piedras grandes, y tiene como 60 pies de altura, 150 de ancho y 200 de largo. Con excepción de sus dos minaretes, es evidentemente de muy grande antigüedad—según Tristram y Stanley, probablemente de la época de David y Salomón. La parte interior de la mezquita debió de ser una iglesia cristiana en el tiempo de Justiniano; Los Musulmanes impiden escrupulosamente la entrada a ella a los judíos y a los cristianos, si bien es cierto que se le permitió al Príncipe de Gales, acompañado del Dean Stanley, en 1862, al marqués de Bute en 1866, y al príncipe coronado de Prusia en 1869. La tumba verdadera está debajo del suelo de la mezquita. Véase Macpela. Otras reliquias de la antigüedad existen en dos estanques de piedra, el mayor de los cuales tiene 133 pies de lado y 21 de profundidad. Todavía se usan diariamente, y uno de ellos es probable que haya sido “el estanque de Hebrón,” sobre el cual colgó David a los asesinos de Isboset, 2 Sam. 4:12. La ciudad contiene nueve mezquitas y dos sinagogas. Sus calles son estrechas; las casas son de piedra con azoteas planas coronadas de pequeñas cúpulas. Se fabrican allí grandes cantidades de lámparas de cristal y de anillos de color; también botas u odres de cuero, pasas, y dibs o jarabe de uva. Se hace un activo comercio con los Beduinos que truecan su lana y el pelo de sus camellos por los productos de esa ciudad. Sus alrededores son muy fértiles, y en ellos crecen los viñedos más hermosos de Palestina, numerosas plantaciones de olivos y otros árboles frutales, y también excelentes pastos. Véase Escol, Mamrk. Dos millas al oeste de Hebrón está el árbol venerado como “la encina de Abraham.” Su tronco mide 32 pies de circunferencia, y la copa que forman

sus ramas, 275. Josefo habla de una grande encina que se halla en ese sitio, y de la tradición de que es tan antigua como el mundo. Véase Encina.

II. Ciudad de Aser, Jos. 19:28, tal vez la misma Abdón, Jos. 21:30.

HEBRONITAS, descendientes de Hebrón, hijo de Caat, Núm. 3:19, 27; 26:58.

HECES, los asientos o sedimentos del vino [traducciones antiguas]. Los vinos que se han dejado reposar largo tiempo sobre las heces adquieren un color y olor excelentes; por esto es que se emplean tales vinos como símbolo de bendiciones, Isa. 25:6; también como el de una nación o comunidad que, a causa de un largo periodo de quietud y prosperidad, se ha hecho rica y lujosa, y descansa en carnal seguridad, Jer. 48:11; Sof. 1:12. Beberías heces del cáliz de la ira de Dios, Sal. 75:8; Isa. 51:17, es bebería hasta agotarla, esto es, sufrir la ira de Dios sin mitigación o fin.

HECHICERA, Exod. 22:18; la forma masculina y plural de esta palabra se ha traducido “encantadores,” en Exod. 7:11; Deut. 18:11; 1 Sam. 28:3, 9; 2 Cron. 33:6; Jer. 27:9; Dan. 2:2. Véase también Isa. 47:9, 12; y “adivinos,” en Lev. 19:31; 20:6, 27; 2 Rey. 23:24; Isa. 8:19; 19:3.

La mejor explicación de estos términos que da la Biblia se halla en la narración de la bruja de Endor. Era esta muy conocida como persona “que tenía un espíritu familiar,” o un demonio que le servía, y pretendía de consiguiente tener la virtud de poder llamar del mundo de los espíritus las almas de los muertos para conversar con ellas. De esto se deduce que el carácter esencial de la brujería o hechicería era un pretendido comercio o comunicación con los demonios y los espíritus de los difuntos. En este respecto, es idéntica a la hechicería moderna y al espiritismo; y toda la reprobación pronunciada por la Biblia en contra de la brujería, es igualmente aplicable a estos y todos los demás sistemas de pretendida comunicación con los espíritus y los demonios.

A esta práctica añadían los hechiceros y brujos de la antigüedad el arte de decir la buena ventura y de adivinar, y pretendían tener conocimiento y dominio de las fuerzas secretas de la naturaleza. A fin de dar cierto aire o apariencia de misterio a su pretendida comunicación con los espíritus, usaban drogas, sahumeros, artes químicas, encantos, y toda clase de supercherías para amedrentar y embaucar al pueblo supersticioso. Sus artes ilícitas eran semejantes a las prohibidas en Deut. 18:10, 11: “No sea hallado en ti quien haga pasar a su hijo o su hija por el fuego, ni practicante de adivinaciones, ni agorero, ni sortilegio, ni hechicero, ni fraguador de encantamientos, ni quien pregunte a Pitón, ni mágico, ni quien pregunte a los muertos.” De este catálogo se desprende que todas las formas de superstición en el Oriente en la época de Moisés existían tanto como ahora. Los que conocen la Siria y la Arabia de los tiempos modernos, nos dicen que tanto los jóvenes como los ancianos de todas las sectas creen en general en el poder del “mal ojo,” de los encantamientos, talismanes, amuletas, hechicerías de serpientes y exorcismos, y que estas supersticiones ejercen una poderosa influencia en la vida oriental. Aún el moderno mesmerismo tiene su equivalente en las pretendidas artes mágicas del Oriente, pues estas, como muchas otras supersticiones, fueron practicadas desde muy remotos tiempos. Semejantes necedades y picardías están expresamente prohibidas en la Biblia; y muchas de ellas bajo la dispensación judaica eran castigadas con la muerte. Todas ellas son idolátricas, puesto que hacen prescindencia del verdadero Dios y buscan la protección de poderes extraños. Es seguro que prevalecerán en mayor o menor grado según vayan perdiendo los hombres la confianza tranquila que deben tener en el Todopoderoso, y la obediencia complaciente y bien entendida que están obligados a rendir a su voluntad. El que le teme a Dios no tiene por qué temerle a ningún otro ser. En tanto que

aquél que, a semejanza del rey Saúl, se separa de Dios, no encuentra consuelo en ninguna parte. Véase Endor y Encantador.

HECHOS o ACTOS de los APÓSTOLES, el quinto libro canónico del Nuevo Testamento, escrito por Lucas, como continuación de su Evangelio, como historia, si bien no completa, de la primitiva iglesia, desde el año 30 al 63 de la era cristiana, Luc. 1:1-4; Hech. 1:1. No es, sin embargo, un registro de los hechos de todos los apóstoles, sino principalmente de los de Pedro y Pablo. En su Evangelio Lucas describió la fundación del cristianismo, efectuada mediante lo que Cristo obró, enseñó y sufrió; en los Hechos se propuso hacer ver como se había verificado su difusión, y con ese fin eligió lo más a propósito para poner de manifiesto el modo como el Espíritu Santo guio y bendijo a los primeros discípulos de Cristo en la edificación de su iglesia. Reanudando la relación en donde la había dejado en el Evangelio, refiere la ascensión del Salvador, y la conducta observada con tal motivo por los discípulos; la efusión del Espíritu Santo, según la promesa de Cristo; la predicación milagrosa de los apóstoles; su éxito sorprendente, y las persecuciones suscitadas contra ellos, con otros acontecimientos importantes de la iglesia de Jerusalén, hasta que fueron diseminados por todas partes.

Él enseña en seguida cómo fue sustituido el judaísmo, y cómo fue inducido Pedro a recibir a la comunión cristiana a los convertidos de entre los Gentiles. La segunda parte de la narración trata de la conversión y vocación del apóstol Pablo; de su celo misionero, sus trabajos y sufrimientos, particularmente entre los gentiles, y acaba con los dos años de prisión que tuvo ese apóstol en Roma.

El mismo Lucas presencié la mayor parte de los acontecimientos que narra. Véase Hech. 16:11; 20:6 a 28:31.

El griego que empleó es el más clásico del Nuevo Testamento; y la idea que da del espíritu de la primitiva iglesia, tantos de cuyos miembros habían “estado con el Señor,” es inapreciable. El libro fue escrito probablemente por el año de 63 o 64 A. D., esto es poco tiempo después del en que la narración termina. El lugar donde fue escrito se ignora; pero tal vez fue Roma. Su autenticidad fue universalmente reconocida por la primitiva iglesia, y se confirma con la investigación crítica hecha en los tiempos modernos.

Para leer los Hechos de los Apóstoles con provecho, es necesario tener un conocimiento suficiente de geografía, así como también de las costumbres, de los tiempos y de los pueblos a que el libro se refiere, y además de los principales sucesos de la historia contemporánea de esa época. Se debe así mismo saber algo del poder que ejercían los Romanos, de la naturaleza y los nombres de los cargos públicos que establecieron, y de las distinciones que entre esos cargos se hacían, como también de las tendencias y las opiniones políticas de la inconversa nación judía, las cuales prevalecían en alto grado entre los Hebreos cristianizados.

HELADA, algunas veces cae en los terrenos elevados de Palestina, y una capa delgada de hielo se forma en ocasiones también en los estanques de Jerusalén. A la belleza tranquila de las formas que el hielo toma, se hace alusión en Job 37:10. En toda aquella región hay a menudo una diferencia más notable en la temperatura del día y de la noche, que en los Estados del Este de la Unión Americana, Méjico y otros países del Nuevo Mundo, pues noches en que caen heladas son con frecuencia seguidas por días de gran calor, Gén. 30:40; Jer. 36:30.

HELBÓN, *fértil*, Ezeq. 27:18, conocida por su vino de que se abastecía a Tiro por los comerciantes de Damasco. No es, como antes se creía, Alepo, (Haleb en árabe,) que está como a 180 millas al norte de

Damasco, y no produce vino afamado. Es un agreste vallecito y una aldea llamada todavía Helbón, situada muy arriba en la vertiente oriental del Anti-Líbano, como diez millas al norte de Damasco, y célebre por sus viñedos y su lana. Allí se pueden ver muchas ruinas.

HELCAT-HAZURIM, campo de héroes o de rocas, lugar cerca de Gabaón, llamado así por un combate habido a guisa de duelo, antes de una batalla entre los ejércitos de David y de Isboset, 2 Sam. 2:16.

HILCÍAS, o Elcias, *Dios es mi herencia*, I. y II., 1 Crón. 6:45; 26:11.

III. 2 Rey. 18:18; Isa. 22:20; 36:2, 22.

IV. Sumo sacerdote en el reinado de Josías. El halló “el Libro de la ley,” la copia sagrada del Pentateuco, en el templo, y ayudó a Josías en las reformas que este hizo, 2 Rey. 22:8 a 23:25; 2 Crón 34:14-33. Fue probablemente progenitor de Esdras, Esd. 7:1.

V. Jer. 1:1.

VI. Jer. 29:3.

VII. Neh. 12:7, 21.

VIII. Neh. 8:4.

HELEF, *cambio*, Jos. 19:33, lugar en el límite de Neftalí, tal vez Beitlif, pero no ha sido identificado con certeza.

HELÍÓPOLIS, *ciudad del sol*, I., célebre ciudad de Egipto, llamada en Capto, en Hebreo y en la Biblia española, On, sol, luz, Gén. 41:45. Los setenta hacen mención expresamente en Exod. 1:11, de que On es Heliópolis. Jeremías, 43:13, llama a esta ciudad Bet-semes, esto es, casa o templo del sol. En Ezeq. 30:17, se habla de Heliópolis, que como queda dicho es la misma que On. Los Árabes la llamaban Ain-Shems, fuente del sol. Todos estos nombres le vienen de la circunstancia de que esa ciudad era el antiguo centro del culto que los Egipcios tributaban al sol. Estaba en ruinas en tiempo de Strabo, quien refiere que dos obeliscos habían sido ya llevados de allí a Roma. En la actualidad, su sitio, seis millas al nordeste de Cairo, está señalado solamente por largas hileras de pequeñas terraplenes llenas de escombros, y un obelisco solitario formado de un solo trozo de granito rojo, que se levanta 66 pies sobre la arena, y tiene todos los cuatro lados cubiertos de jeroglíficos.

II. A otra Heliópolis se hace alusión en la Escritura bajo el nombre de “valle de Avén” o campo del sol, Amós 1:5. Esta era la Heliópolis de Coele-Siria, ahora Baal-bec. Sus estupendas ruinas han sido el asombro de los siglos pasados, y continuarán siendo el de las generaciones futuras, hasta que el salvajismo y los terremotos hayan dado la última mano en su destrucción. Los restos más notables son los de tres templos, el mayor de los cuales, con sus atrios y pórtico, tiene una extensión de mil pies de este a oeste. Un magnífico pórtico de 180 pies de largo, con doce columnas altas y esmeradamente trabajadas, conduce a un grande atrio hexágono, y éste a un vasto cuadrángulo que mide 440 pies de largo y 370 de ancho. En frente de éste se levantan diez columnas del peristilo que rodeaba el templo interior. Había 19 columnas en cada lado, o 54 por todas, de las cuales 6 solamente subsisten ahora, y tenían 7 pies de diámetro y 62 de altura, además del cornijón de cerca de 14 pies. Este templo descansaba en una inmensa base abovedada, que se levantaba cerca de 50 pies sobre el suelo exterior,

y en ésta hay tres piedras de 65 pies de largo y 13 de alto, colocadas 20 pies arriba del suelo. Los templos son de origen romano; y en grandeza de plan, combinada con lo esmerado y primoroso de su ejecución, parecen sobrepasar a todos los del mundo. “Son como los templos de Atenas en cuanto a la delicadeza de su arquitectura, pero les exceden en extensión: son vastos y macizos como los de Tebas, pero les sobrepasan en cuanto a elegancia y gracia.” (Robinson.)

HEMÁN, *fiel*, I., hijo de Zera de la tribu de Judá, notable por su sabiduría, 1 Rey. 4:31; 1 Crón. 2:6.

II. Levita del linaje de Coat, hijo de Joel y nieto de Samuel, director de la música del templo en tiempo de David, 1 Cró. 6:33; 15:17, 19; 16:41, 42; 25:1, 4-6; 2 Crón. 5:12; 29:14; 35:15. El Salmo 88 se le atribuye a él. Algunos explican el término “Ezrahita,” diciendo que es equivalente a “hijo de Zera,” y así identifican al Hemán cantor y vidente con el Hemán I. Si así es, aunque nació Levita, está relacionado con la tribu de Judá y reconocido en ella.

HEMOR. Véase Hamor.

HEMORROIDES o ALMORRANAS, nombre como ahora, de una molesta enfermedad ocasionada por ciertos tumores, 1 Sam. 5:12; Deut. 28:27.

HENA o ANA, se supone que fue una ciudad de Mesopotamia, sobre el Éufrates, como 20 millas arriba de Babilonia, 2 Rey. 18:34; 19:13; Isa. 37:13.

HEPSIBA, *mi delicia es en ella*, la esposa de Ezequías y madre de Manasés, 2 Rey. 21:1. Por su nombre y por el carácter de su hijo, podría inferirse que fue escogida como reina por su belleza, más bien que por su piedad.

HEFZI-BÁ o CHEFZIBAH, nombre aplicado a Jerusalén restaurada, Isa. 62:4. Comparar Isa. 1:1.

HEREJÍA, *elección*. Este término se aplica a la adopción de ideas religiosas y de prácticas nuevas y perniciosas. En el Nuevo Testamento se traduce algunas veces secta, sin implicar juicio favorable o adverso en cuanto a sus dogmas, Hech. 5:17; 15:5; 26:5. A veces, sin embargo, implica una censura, Hech. 24:5, por donde se ve que aquellos que llaman a otros herejes merecen ellos mismos el dictado más bien que los sindicados, Hech. 24:14.

En las epístolas, las herejías y los cismas de la iglesia cristiana se condenan con mucha severidad, 1 Cor. 11:19; Gál. 5:20; Tito 3:10; 2 Ped. 2:1, por habersele dado a esa palabra desde entonces un sentido que indica apartamiento de las verdades fundamentales del evangelio.

HERENCIA, Las leyes relativas a la herencia entre los Hebreos eran muy sencillas. La tierra podía ser hipotecada, pero no enajenada, Núm. 36:6-9. Véase Jubileo. El único derecho permanente a la propiedad, lo daba la herencia o la sucesión de familia. El hijo mayor recibía dos tantos, Deut. 21:15-17. Las mujeres no tenían posesiones territoriales; pero si un hombre no dejaba hijos, sus hijas heredaban, a condición de casarse con algún miembro de una familia de la misma tribu a que pertenecía su padre. Si un hombre no tenía hijos, su tierra pasaba a sus parientes más cercanos, según la ley establecida en Núm. 27:8-11. La ley de Moisés hacía innecesarios los testamentos; éstos fueron introducidos, sin embargo, en un periodo posterior, Gál. 3:15; Heb. 9:17. Los bienes eran algunas veces distribuidos entre los hijos durante la vida del padre; así en la parábola del hijo pródigo, el padre dividió sus bienes entre sus dos hijos, Luc. 15:12. La herencia del creyente en Cristo es la salvación eterna, Heb. 1:14; 9:15, y el

reino de Dios, Luc. 12:32; Sant. 2:5. Como hijo de Dios, es heredero, y coheredero con Cristo, su hermano mayor, Rom. 8:17.

HERES, HEREZ o HARES, sol. El Monte de Heres, en Hebreo *Cheres*, Jue. 1:35, era probablemente una ciudad idéntica con Bet-semes, o unida a ella.

La misma palabra se halla en algunos textos hebreos de Isa. 19:18, lo mismo que en la versión de Reina. Este pasaje se cree que se refiere a una de las cinco ciudades de Egipto, habitadas en parte o en su totalidad por judíos, quienes eran muy numerosos en ése país en la época de la dominación de los Griegos. La ciudad Judaica Onión fue destruida por Tito.

HERMANA. En el sentido que se le da en la Biblia, este término es tan lato como el de “hermano,” “padre,” “hijo,” etc. Denota no solamente una hermana carnal de padre y madre, sino también una media hermana, o alguna pariente cercana, Gén. 12:13; 20:12; 26:7; Mat. 13:56. También denota a una con quien se tiene estrecha afinidad de pensamientos e inclinaciones, Ezeq. 16:46; y a una persona de la misma familia espiritual por la fe, Rom. 16:1; 1 Cor. 9:5. Es uno de los términos por los cuales expresa Cristo la estrecha relación en que él recibe misericordiosamente a sus discípulos, Mat. 12:49, 50. En Col. 4:10, la palabra “sobrino” debería traducirse “primo.”

HERMANO, significa en la Escritura el hijo del mismo padre o padres, Mat. 1:2; Luc. 6:14; un pariente cercano, Gén. 13:8; 14:16; uno de la misma estirpe o país, Mat. 5:47; Hech. 3:22; Heb. 7:5; un prójimo, un igual, Mat. 5:23; 7:3; una persona amada, 2 Sam. 1:26. Se dan entre sí este nombre los cristianos como hijos de Dios, Hech. 9:30; 11:29, y como discípulos de Cristo, Mat. 25:40. Era un modismo muy común entre los Hebreos para expresar alguna semejanza muy notable: Job dice, “He venido a ser hermano de los dragones,” Job 30:29. En Mat. 12:46-50; 13: 55, 56; Marc. 3:31-35; 6:3; Juan 2:12; 7:3; Hech. 1:14, se mencionan a los hermanos de Cristo de tal modo, en conexión con su madre y hermanas, que casi nos vemos forzados a creer que eran hijos de José y de María, menores que Jesús. Los vecinos de Cristo en Nazaret dicen de él y de su familia: “¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Jacobo, y José, y Simón, y Judas? ¿y no están todas sus hermanas con nosotros?” Mat. 13:55, 56. De las expresiones que se encuentran en Luc. 2:7: “y dio a luz su hijo primogénito;” y en Mat. 1:25, “y no la conoció hasta que dio a luz su hijo primogénito,” y del hecho de que José y María vivieron juntos como treinta años, se colige naturalmente que ellos tuvieron después otros hijos. La teoría de que estos hermanos de Cristo no eran sino sus primos, hijos de María, hermana de la Virgen María, y de Alfeo, presenta muchas dificultades: “los hermanos de Cristo” se les menciona siempre en asocio de la Virgen María y no de la otra mujer; no creyeron en él, sino hasta después de su muerte, Juan 7:5 (comp. Sal. 69:8). Por otra parte, dos de sus primos eran probablemente apóstoles, mientras que a “los hermanos de Cristo,” se les distingue con toda claridad de los apóstoles, Hech. 1:13, 14; 1 Cor. 9:5; Judas 17. Además, cuando sus discípulos, incluso sus primos estaban alrededor de él, su madre y sus hermanos fueron a verle, Mat. 12:46-50. Si éstos hubieran sido primos, Cristo debía haber dicho: “¿Quién es mi madre y quiénes son mis primos? Quienquiera que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi primo, y hermana y madre.”

Igualmente absurdo es sustituir primos por hermanos en el pasaje de Mateo 13 antes citado. Los hermanos de Cristo se mencionan 15 veces, y el término usado en griego es siempre *adelphos*, hermano, y nunca *anepsios*, primo, ni *sungenes*, pariente. Contra estos argumentos, la tradición de los primeros padres, quienes desde un principio comenzaron a mirar el matrimonio como una impureza, es de poco peso; también lo es la de que es extraño que “los hermanos” y los primos llevaran el mismo nombre, pues los nombres eran muy comunes, y nada tenía de particular que los tuvieran idénticos personas de



dos familias relacionadas por parentesco. Por último, la objeción de que Cristo en la cruz puso a su madre al cuidado de Juan y no de sus hermanos, se desvanece cuando se toma en cuenta que aquél debía de ser persona acomodada, y que estos habían sido incrédulos.

HERMAS, un cristiano de Roma, Rom. 16:14, que según algunos suponen fue el escritor de un libro antiguo llamado "El Pastor," mezcla singular de verdad y piedad, de necedades y superstición. Pero se sabe que el tal libro fue escrito en el siglo segundo.

HERMÓGENES y FIGELO abandonaron a Pablo durante su segundo aprisionamiento en Roma, 2 Tim. 1:15.

HERMÓN, *pico de montaña*, llamada también Sirion o Senir, pectoral, Deut. 3:9; Ezeq. 27:5, en alusión a su cima cubierta de nieve; también Sion, elevado, Deut. 4:48. Está en la parte meridional de la cordillera del Anti-Líbano, 40 millas al noreste del mar de Galileo, y 30 al sudoeste de Damasco. Es el monte más elevado de Siria, y hoy día lleva el nombre de Jebel esh-Sheikh, monte del anciano. Tiene tres picos, Sal. 42:6, que forman un triángulo e incluyen una pequeña altiplanicie. El del norte y el del sur tienen cada uno 9,053 pies de elevación sobre el nivel del mar, y 11,000 sobre el del valle del Jordán; el pico del oeste, a una distancia de 600 y tantas varas, 100 pies más bajo que los otros. Hermón era el límite septentrional de Israel al este del Jordán, Deut. 3:8; 4:48; Josué 11:3, 17; 12:1; 13:11; 1 Crón. 5:23. Véase también Sal. 89:12; Cant. 4:8. Parece haber sido un santuario de Baal, y las ruinas de un antiguo templo se hallan en su pico meridional.

Hermón está coronado de nieve o hielo durante todo el año. En Noviembre comienza a cubrirlo la nieve, y gradualmente se extiende y baja por sus lados hasta 5,000 pies. Se derrite a medida que el verano avanza, y ya por el mes de Septiembre sólo queda un poco en los puntos sombreados; y el hielo que se halla en los hondonadas, alrededor de la cumbre, reluce bajo los rayos del sol en listas plateadas, a semejanza de las quedejas canosas de un anciano, esh-Sheikh. Esta majestuosa montaña puede verse desde todas las alturas de Palestina, y su cima domina una extensa vista de la llanura de Damasco al este, el Mediterráneo al oeste, y la Tierra Santa al sur. A su copioso rocío formado por el aire húmedo y caliente que se precipita por el Ghor y se condensa en sus heladas faldas, se hace referencia en Sal. 133:3, como emblema del rocío espiritual de bendición que se concede en el Monte Sion; los viajeros dicen que es tan abundante que sus tiendas no los protegen de él suficientemente. Frecuentan la montaña osos, lobos, zorros y varias clases de caza; comp. Cant. 4:8. En su base estaba Cesárea de Felipe, llamada ahora Banías, Mat. 16:13, en donde Jesús estuvo poco antes de su transfiguración, la que se cree tuvo lugar en algún sitio retirado de esa montaña, Mat. 17:1-8; Mar. 9:1-8.

El "Pequeño Hermón" de que hablan los viajeros, y que la Biblia no menciona, es una masa informe de cerros, al norte del valle más pequeño de Jezreel; se le llama Jebel ed-Duhy por los Árabes.

HERMOSO, un cutis no quemado u oscurecido por los rayos del sol, era altamente apreciado, no sólo por su belleza, sino como indicio de rango, Gén. 12:11, 14. Compare Cant. 1:5, 6, 8.

HERODES, *heroico*, nombre de varios príncipes de linaje idumeo que gobernaron a Palestina bajo el Imperio Romano, y se mencionan en el Nuevo Testamento. Los Idumeos habían sido subyugados por Juan Hyrcano 130 A. C., y obligados a adoptar el judaísmo.

I. Herodes el Grande, Mat. 2; Luc. 1:5, rey de Judea, etc., 40 A. C., fue el segundo hijo de Antípater, Idumeo que fue hecho procurador de Judea por Julio Cesar, 47 A. C. siendo Hyrcano II sumo sacerdote.

Herodes, que era entonces de 25 años de edad, fue nombrado por su padre gobernador de Galilea; en 41 A. C., él y su hermano Fasael fueron hechos por Antonio tetrarcas de Judea con la misma jurisdicción e idénticas facultades, y el año siguiente fue Herodes declarado rey de Judea por el Senado Romano. En tres años se estableció bien en su reino. Jerusalén fue tomada; Antígono, el sumo sacerdote por aquel tiempo, fue capturado y ejecutado, 37 A. C., y todos los miembros del Sanedrín condenados a muerte.

Herodes se granjeó la privanza de Octavio, el vencedor y sucesor de Antonio, y la conservó imponiendo grandes contribuciones a sus súbditos, con lo cual perdió la buena voluntad de éstos. Aunque profesaba ser Judío, se servía de la religión solamente para lograr sus ambiciosos designios. Reconstruyó el templo de Jerusalén; pero también edificó uno en el monte Gerizim para los Samaritanos; estableció un culto pagano en Cesárea para los Gentiles, fundó un templo dedicado a Augusto en Paneas, y reedificó el de Apolo en Rodas. Entre las ciudades que él embelleció con edificios costosos, se contaban Cesárea y Sebaste, anteriormente llamada Samaria. En Jerusalén construyó un teatro e instituyó juegos, y procuró disminuir el descontento popular, dando grandes sumas para aliviar una hambre, y edificando la fortaleza Antonia y reconstruyendo el templo. Véase Templo.

Manchó su vida con muchos actos de crueldad. Hizo dar muerte al hermano (por el año 37 A. C.), y al abuelo (Hyrano) de su mujer Mariamne, a ésta misma (29 A. C.), y a la madre y a los dos hijos de ella, Alejandro y Aristóbulo (7 A. C.), y unos cuantos días antes de su muerte ordenó la ejecución de su propio hijo Antípater, y mandó también que los hombres principales de Judea, a quienes había reunido y encerrado en Jericó, fuesen muertos tan luego como él expirase, para que no le faltaran lágrimas en esa ocasión. Esta orden, sin embargo, no fue cumplida. Debe de haber sido poco antes de su muerte cuando, animado por el deseo de acabar así con Jesús, hizo que los niños de Belén fuesen degollados. Este acontecimiento y la muerte de Antípater se refieren por el autor latino Macrobio, 420 A. D. Designó a Arquelao como sucesor suyo “en el reino,” mediante la aprobación del emperador, y dividió el territorio entre aquel y sus hermanos Herodes Antipas y Felipe. Fue un hombre de gran astucia y fuerza de voluntad, pero de pasiones violentas, de insaciable ambición, y de una conciencia destituida de toda clase de escrúpulos. La tentativa que hizo para quitar la vida al Mesías le da celebridad entre los enemigos de Dios y de su iglesia.

II. Herodes Felipe I, Mat. 14:3; Mar. 6:17, llamado Herodes por Josefo, hijo de Herodes el Grande y de la segunda esposa que tuvo con el nombre de Mariamne, hija de Simón el Sumo Sacerdote. Desheredado por su padre a causa de la traición de la madre, se retiró, según parece, a la vida privada. Fue el primer marido de Herodías. Véase Herodías.

III. Arquelao, hijo de Herodes el Grande, y hermano mayor de Herodes Antipas. Véase Arquelao. Josefa dice que Arquelao, antes de ir a Roma a obtener la ratificación imperial de su derecho a la corona, sufocó una insurrección dando muerte a 3,000 hombres en el templo, durante la Pascua. Obtuvo la ratificación apetecida, a pesar de las protestas del pueblo, pero con el título de etnarca en lugar del de rey.

IV. Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande y de Maltace, su mujer samaritana, y hermano carnal de Arquelao, junto con el cual fue educado en Roma. Después de la muerte de su padre fue confirmado por Augusto como tetrarca de Galilea y de Perea (esta última, como se sabe, era la parte meridional de la región situada al este del Jordán), Luc. 3:1. A consecuencia de esto se le dio también el título general de rey, Mar. 6:14. Se casó primero con una hija de Aretas, rey árabe; pero enamorándose después de Herodías, que era esposa de su hermano Herodes Felipe I, y además su propia sobrina, abandonó a su mujer legítima, e indujo a Herodías a dejar a su marido para unirse con él. Este pecado fue para Herodes

el origen de sus desgracias, de otros pecados y de mucha humillación. Aretas le hizo la guerra y lo castigó severamente. Juan el Bautista lo reconvino y con ese motivo se atrajo el odio de Herodías, quien indujo a su marido a que redujese a prisión a Juan, y finalmente lo matase, Mat. 14:1-12; Mar. 6:14-29; Luc. 3:13-20. Indulgente consigo mismo, prefirió continuar en el pecado y matar a un hombre que él sabía era “justo y santo,” más bien que faltar a un juramento indebido. Si era saduceo—como es de inferirse si se compara a Mat. 16:6 con Mar. 8:15, y si se tiene en cuenta su perplejidad al ver a Jesús como Juan que había resucitado, Luc. 9:7-9,—los temores que su culpa le infundía parecen haber vencido su incredulidad en los espíritus y la resurrección, Mat. 14:2; Mar. 6:14-16. Se hace alusión a su astucia en Luc. 13:32. Cristo, como Galileo, estaba bajo la jurisdicción de Herodes, y el haber conocido esto Pilato cuando estos dos gobernantes estaban en Jerusalén con motivo de la pascua, los hizo amigos, Luc. 23:7-12. Habiendo Cristo rehusado satisfacer la curiosidad de Herodes, fue burlado por este. La liga de coalición de Herodes y Pilato contra el Salvador había sido predicha, Sal. 2:2; Hech. 4:25-27. Herodes Antipas, lo mismo que su padre, gastó mucho dinero en obras públicas, incluyendo la ciudad de Tiberias que él edificó y a la cual le dio ese nombre en honor de Tiberio. En el año 38 A. D. fue inducido principalmente por Herodías, a ir a Roma a entablar pleito para obtener el título de rey que Calígula acababa de conferir a Herodes Agripa I; pero acusado por este, fue expatriado a León, y murió en el destierro.

V. Herodes Felipe II, hijo de Herodes el Grande y de su quinta mujer Cleopatra, Tetrarca de Iturea, Gaulonitis, Auranitis y Traconitis, desde 4 A. C. hasta 34 A. D., Luc. 3:1. Se casó con Salomé (la bailarina) hija de Herodes Felipe I, y de Herodías. Engrandeció a Paneas y la llamó Cesárea de Filipo, e hizo a Betsaida ciudad, llamándola Julias, en honor de una hija de Augusto. En este último lugar murió sin hijos. Fue justo y templado en su vida y en su gobierno.

VI. Herodes Agripa el Mayor o I, Hech. 12; 23:35, nieto de Herodes el Grande y de Mariamne I, e hijo de Aristóbulo que fue condenado a muerte con su madre, por orden de su padre. Véase Herodes I. Fue criado en Roma con Drusus, hijo de Tiberio. Al advenimiento de Calígula al trono imperial fue sacado Agripa de la prisión en donde había sido puesto por Tiberio, y recibió del emperador, 37 A. D., el título de rey, juntamente con las tetrarquías que antes eran de su tío Felipe y de Lysanías. Después de la muerte de Herodes Antipas, Calígula asignó a Agripa, la Galilea y Perea, y en el año 41 A. D. le otorgó a Judea y Samaria, formándole así un reino igual al de su abuelo. Observaba con rigidez el ceremonial judío, y disuadió a Calígula de que se hiciese erigir una estatua en el templo de Jerusalén. Para congraciarse con los judíos, comenzó una persecución contra los cristianos; pero parece que no pasó de dar muerte a Santiago, y de encarcelar a Pedro, puesto que poco después murió repentina y miserablemente en Cesárea, 44 A. D. Comenzó a fortificar a Jerusalén formándole un tercer muro muy grueso alrededor de la nueva parte del norte, Bezeta; pero desistió con motivo de las sospechas que eso inspiró a Claudio. El muro fue concluido con menos perfección de la proyectada.

VII. Herodes Agripa el Menor o II, Hech. 25; 26, fue el hijo de Herodes Agripa I, y educado en Roma bajo el cuidado del emperador Claudio. Teniendo sólo 17 años de edad cuando murió su padre, el emperador pensó que era muy joven para sucederle a aquél en el reino, del cual se había hecho otra vez una provincia romana. Después de la muerte de Herodes, tío de Agripa, en 48 A. D., Claudio le dio a este su pequeño reino de Calcis, 50 A. D. En el año de 52 A. D. fue trasferido con el título de rey a las Tetraquías de Felipe y de Lysanias, poseídas antes por su padre, a las cuales Nerón agregó el año de 55 A. D. a Tiberias y Tarichea en Galilea, y a Julias con las poblaciones adyacentes en Perea. En el año 60 A. D. Agripa y su hermano Berenice escucharon la defensa de Pablo en Cesárea, Hech. 25:13 hasta cap. 26. En 66 A. D. él se esforzó en disuadir a los judíos de que se aventuraran en una guerra con Roma, y cuando ellos le insistieron, se puso del lado de los Romanos. Después de la caída de Jerusalén, se retiró con

Berenice a Roma, en donde murió a la edad de 70 años, en el tercero del reinado de Trajano, y el 100 A. D.

HERODIANOS, un partido político judío adherido a los Herodes. Como los príncipes herodianos dependían de Roma, sus partidarios se sometían de buena voluntad al poder romano, y sostenían que era justo pagar tributo a los emperadores, cosa que negaban los Fariseos. Sin embargo, ambos partidos deseaban la continuación de la religión judía, y se unieron para oponerse al reino espiritual del verdadero Mesías, Mar. 3:6; 12:13; Luc. 12:20.

HERODÍAS, nieta de Herodes el Grande y de Mariamne, e hija de Aristóbulo y hermana de Herodes Agripa I. Se casó primero con su tío Herodes Felipe I, pero después le abandonó para unirse a Herodes Antipas, hermano de este. Por medio de sus artificios persuadió a Herodes a que hiciese dar muerte a Juan el Bautista, pues estaba encolerizada contra él, con motivo de la severa censura que hizo de la unión adúltera e incestuosa que existía entre ella y Herodes. Cuando Herodes fue desterrado a León, ella lo acompañó, Mat. 14:3, 6; Mar. 6:17; Luc. 3:19. Véase Herodes IV.

HERRERO, metalario o platero, un acicalador de metales; en la Biblia se hace mención particularmente de los que trabajaban el cobre, el hierro, el oro y la plata. El arte del herrero o acicalador, como uno de los más esenciales de la civilización, fue practicado desde los primeros tiempos, Gén. 4:22. Sin él se hallaba una nación indefensa en tiempo de guerra. Por eso fue que los Filisteos despojaron a Israel de sus herreros, 1 Sam. 13:19-22; comp. Jue. 5:8; y Nabucodonosor hizo otro tanto, 2 Rey. 24:14, 16; Jer. 24:1; 29:2. En Israel, así como entre los gentiles, se pervertía a menudo este arte en servicio de la idolatría, Jue. 17:4; Isa. 40:19; 41:7; 44:12; Hech. 19:24. A un artífice de estos, empleado en su trabajo, se le describe en el libro apócrifo del Eclesiástico, cap. 38 ver. 28-31.

HESBÓN, inteligencia, ciudad tomada a los Moabitas por Sehón, rey de los Amorreos, y convertida en capital suya; luego Israel la conquistó y se apoderó de ella, Núm. 21:25-30; Jue. 11:19, 26. Fue asignada a Rubén, puesto que estaba en el límite entre Rubén y Gad, Jos. 13:17, 26; reedificada por Rubén, Núm. 32:37, pero contada como de Gad cuando se la hizo ciudad levítica, Jos. 21:39; 1 Crón. 6:81. En tiempos posteriores Hesbón volvió a quedar en poder de Moab, y fue censurada por los profetas, Isa. 15:4; 16:8, 9; Jer. 48:3, 34, 45; 49:3. En el tiempo de los Macabeos perteneció de nuevo a los Judíos. Sus ruinas, en lo que ahora se llama Hesban, están 15 millas al este de la parte superior del Mar Muerto, en un cerro de 200 pies de altura, cubriendo un circuito de cosa de una milla. Al este de la ciudad se halla una gran cisterna, etc., Cant. 7:4.

HESMÓN, ciudad en el sur de Judá, Jos. 15:27, identificada por Conder con el Me-shash, entre Beerseba y Moladah.

HESRONITAS, una familia de Rubén y otra de Judá, Núm. 26:6, 21.

HET, temor, descendiente de Canaán, y antecesor de los Heteos, Gén. 10:15; 23; 25:10; 27:46. Véase Heteos.

HETEOS, descendientes de Het, segundo hijo de Canaán, Gén. 10:15; 15:20. En la época de Abraham estaban establecidos alrededor de Hebrón, y a juzgar por la venta que le hicieron de la cueva de Macpela, parece que eran un pueblo traficante y pacífico, Gén. 23; 25:9. Esaú se casó con unas Heteas, Gén. 26:34, 35. Más tarde aparecen en las montañas, Núm. 13:29; Jos. 11:3, formando liga contra Israel, y son vencidos, Jos. 9:1, 2; 11:1-9; 12:7, 8, según Dios lo había prometido a Abraham, Gén. 15:18, 20, y a

Moisés, Exod. 3:8. Las relaciones que Israel tuvo con ellos, no obstante el haberles sido prohibidas, fue lo que le indujo a caer en la idolatría, Jue. 3:5-7. Urías era Heteo, 2 Sam. 11:3; 23:39. Salomón subyugó a los Heteos que quedaban independientes, 1 Rey. 9:15-21; 2 Cró. 8:1-8, y tomó mujeres de entre ellos, 1 Rey. 11:1. “Los reyes de los Heteos,” antiguo y poderoso reino al norte de Palestina, compraron algunos de los carros que Salomón importó de Egipto, 1 Rey. 10:29; 2 Crón. 1:17; comp. 2 Rey. 7:6; Jos. 11:4. Los Heteos no se extinguieron como pueblo sino hasta después de la cautividad, Esd. 9:1. No se conoce la exacta extensión de su territorio.

Se hace mención de los Heteos en los monumentos egipcios de las dinastías décima novena y vigésima, incluyendo la época de Josué, como enemigos vencidos por Egipto en el valle del Orontes; y también en las inscripciones asirias, dos o tres siglos después, como que moraban en la misma región. Astoret se nombra en los registros egipcios, como una de sus divinidades. Véase Cananeos.

HETLÓN, en el límite septentrional de Palestina, Ezeq. 47:15; 48:1, al parecer contigua a la “entrada de Hamat.”

HIDEKEL, o HIDEQUEL, *rápido Tigris*, Gén. 2:14; Dan. 10:4. El antiguo nombre zenda era Teger, “corriente;” en las inscripciones asirias Tigger; el nombre moderno es Dijleh. Este río tiene sus manantiales al oeste y al este, en las montañas de Armenia y de Kurdistan. Los dos brazos se unen en Telleh, y el río se precipita por una garganta grande y profunda a la llanura asiria. En Mosul tiene ya 300 pies de ancho, y más abajo tiene por término medio, 600. Después de correr 1146 millas, encuentra al Éufrates en Kurnah, y forma el Shat-el-Arab, que sigue corriendo como 120 millas hasta el Golfo Pérsico. El Tigris es navegable por embarcaciones de poco fondo hasta cerca de 600 millas del Golfo Pérsico. Se hace un comercio activo entre Basora y Bagdad por medio de flotillas de botes, y de Mosul bajan muchas balsas. Un antiguo canal une todavía el Tigris, abajo de Bagdad, con el Eufates. Las márgenes de este río, donde en otro tiempo había populosas ciudades, se hallan ahora cubiertas de moles y de ruinas, con pocas poblaciones estables. El río crece en Abril con el agua producida por la nieve que se derrite en las montañas, y en Noviembre con las lluvias. Véase Nínive.

HIEL, nombre general dado a cualquier cosa muy amarga. En Job 16:13; 20:14, 25, significa la secreción animal llamada comúnmente bilis. En muchos otros pasajes en que la palabra empleada en el original es distinta, se hace alusión a alguna planta amarga y venenosa. En Deut. 29:18; Jer. 9:15; 23:15; Ose. 10:4; Amós 6:12, la palabra hebrea se ha traducido “ajenjo.” En Mat. 27:34, se dice que a Jesús le dieron a beber vinagre mezclado con hiel, y en Mar. 15:23, se lee que le dieron vino mezclado con mirra. Dicho brebaje fue probablemente el vino agrio que los soldados romanos acostumbraban tomar, mezclado con mirra y otras sustancias amargas, muy parecidas a las conocidas con el nombre de “amargos” de los tiempos modernos, Sal. 69:21. Las palabras hiel y ajenjo se usan figuradamente para grandes angustias, maldad, depravación, etc., Jer. 8:14; Amós 6:12; Hechos 8:23.

HIEL, o HIHEL, *Dios vive*, un Betelita que reedificó a Jericó, a pesar de la amenaza hecha 500 años antes, Jos. 6:26. El cumplimiento de la maldición con la muerte de sus hijos, prueba la verdad que denota su nombre, 1 Rey. 16:34.

HIERAPOLIS, ciudad sagrada, llamada así, ya sea por sus manantiales de agua caliente y medicinal, por su carbonato de cal, o por ser el principal asiento del culto de Astarte; ciudad de Frigia, cinco millas distante de Laodicea, y también cerca de Colosas, hermosamente situada en la confluencia de los ríos Lycus y Meander. Participó en asocio de sus dos vecinas, de los trabajos evangélicos del fiel Epafras, Col. 4:12, 13. En su desolado sitio hay extensas ruinas, entre ellas los restos de tres iglesias. Con motivo de

ser blanco el frente de los peñascos situados abajo de ella, se le ha dado su nombre actual de Pamboukkalessi, o Castillo de Algodón.

HIERRO, fue conocido y trabajado desde tiempos muy antiguos, Gén. 4:22; Job 28:2. Moisés compara la esclavitud de Egipto a un horno para fundir hierro, Deut. 4:20, y en una de sus alusiones a Canaán dice que allí había ese metal, Deut. 8:9. Se halla ahora en abundancia en la Palestina Septentrional. Antiguamente se hacían muchos y muy variados artículos y utensilios de hierro, Deut. 3:11; 27:5; 1 Sam. 17:7; 2 Sam. 12:31; en cuanto a los carros de guerra, los herraban o los armaban con puntas y guadañas de hierro, Jos. 17:16. Véase Carros. Grandes cantidades de hierro fueron provistas para el templo, 1 Cor. 29:2, 7. Por su dureza y pesantez, el hierro simboliza adecuadamente la sequía, Lev. 26:19; la esclavitud, Deut. 28:48; la fuerza, Job 40:18; Dan. 2:33; Apoc. 2:27; la obstinación, Isa. 48:4; la fortaleza, Jer. 1:18, y en cuanto al procedimiento que se sigue en su laboreo y fundición, el dolor, Ezeq. 22:18, 20. Como los Filisteos restringieron a los Hebreos en el uso del hierro, permitiéndoselo tan sólo en los instrumentos de agricultura, 1 Sam. 13:19-22, así también lo hizo Porsena con los Romanos vencidos. En Jer. 15:12, “el hierro de la parte de aquilón,” se supone que denota un hierro de calidad superior, tal como el de Chalybes, en la costa del Mar Euxino, que desde remotos tiempos había tenido fama. Todavía existen allí minas de hierro. El antiguo modo de fundir el hierro puede haber sido semejante al método rudo y sencillo, pero eficaz, que emplean todavía los naturales de la India. Véase Acero.

HÍGADO, Lev. 3:4, 10, 15; Prov. 7:23; Lam. 2:11. Este órgano en el hombre era considerado por los antiguos como el asiento de las pasiones. Los idólatras consultaban el hígado de la víctima ofrecida en sacrificio, con el fin de adivinar o de descifrar el porvenir por medio de él, Ezeq. 21:21.

HIGO. La higuera es común en Palestina y en el Oriente, y florece con la mayor exuberancia en los parajes áridos y pedregosos donde casi ninguna otra cosa puede crecer. Su gran tamaño y la abundancia de sus hojas de cinco lóbulos, hacen de ella un árbol cuya sombra es agradable; y su fruto proporcionaba un alimento sano muy usado en todas las tierras de la Biblia. Era por esto un símbolo de paz y de abundancia, 1 Rey. 4:25; Miq. 4:4; Zac. 3:10; Juan 1:49-51. Los higos son de dos clases: el “boccore,” y el “kermouse.” El boccore negro y blanco, o higo temprano, llamado también breva, se produce en Junio, al paso que el kermouse o higo propiamente dicho, que se conserva haciéndose con él tortas o pastelillos, rara vez está maduro antes de Agosto. Hay también un kermouse largo y de un color oscuro, que algunas veces cuelga de los árboles todo el invierno.

El fruto de la higuera es uno de los más estimados del Oriente, y de él se habla muy a menudo en las Escrituras. El higo temprano era especialmente apreciado, Isa. 28:4; Jer. 24:2; Nah. 3:12, si bien el veraniego era el que más abundaba, 2 Rey. 20:7; Isa. 38:21. Tiene la higuera la peculiaridad de que su fruto comienza a aparecer antes de las hojas, y sin dar muestras de florecer. Tiene, es cierto, pequeños y ocultos botones; pero el pasaje en Hab. 3:17 debe leerse según el original hebreo: “Aunque la higuera no llevara fruto,” en lugar de “porque no florecerá.” Sus hojas le nacen tan entrada ya la primavera, que eso justifica las palabras de Cristo: “Sabéis que el verano está cerca,” Mat. 24:32; Cant. 2:13. Su fruto fresco tiene la forma de una pera. Los higos secos de Palestina eran probablemente como los que ahora se exportan de aquel país; sin embargo, algunas veces se les seca ensartados en una cuerda. Se nos habla también de “masas de higos,” 1 Sam. 25:18; 2 Rey. 20:7; 1 Crón. 12:40. Estas se formaban probablemente prensando el fruto fuertemente en canastos u otra cosa por el estilo, hasta hacer de él una masa sólida. Todavía se preparan de este modo los dátiles en la Arabia.

La higuera infecunda que al mandato de nuestro Salvador se marchitó, sirviendo así de terrible amonestación a los que han hecho profesión de fe pero no producen fruto, parece haber gastado su

existencia en echar tan sólo hojas. Estaba a un lado del camino, accesible a todos, y era un árbol solitario que desde lejos dejaba ver que estaba cubierto de hojas ya crecidas, en tanto que las demás higueras no tenían ningunas. Mar. 11:13. Esta circunstancia daba razón para creer que tenía higos. Con todo no había “nada en ella sino hojas solamente,” Mat. 21:19. Las higueras todavía dan sombra al camino del monte de los Olivos, en donde fue pronunciada la parábola que se halla en Mat. 21:21. Sirve de tipo notable de la nación judía cuidada especialmente por Dios, Isa. 5, y llena de hojas, pero no del fruto apetecido.

HIJA, en hebreo *bath*, se usa en la Biblia no sólo literalmente, sino, como “hijo,” en acepciones traslaticias. Algunas veces denota descendiente, Gén. 28:6, o natural o moradora de algún lugar, como “hijas de Sion,” o “hijas de Jerusalén,” Isa. 3:16. Tiro se llama “hija de Sidón,” esto es, “colonia,” Isa. 23:12; y en Gén. 17:17 se llama a Sara, en el hebreo, “la hija de noventa años.” Véase Hijo. En los tiempos antiguos, las jóvenes de las familias más ricas, y aun las hijas de las princesas, estaban acostumbradas a los servicios domésticos y a una vida útil y laboriosa.

HIJO, este término se usa en la Escritura en varios sentidos: algunas veces denota un nieto, o un descendiente aún más lejano, Gén. 29:5; Mat. 1:20; el que tiene con alguno relaciones como de hijo—en virtud de la adopción, Gén. 48:5; de la afinidad, Rut 4:17; de la enseñanza, 1 Sam. 3:6; 1 Rey-20:35. Compare Prov. 1:8, etc.; de la conversión, Tito 1:4; de la semejanza, Isa. 57:3; Mat. 5:9, 45; Hech. 13:10. Ampliando esta figura de retórica para expresar el origen real o aparente, el carácter o porvenir de las personas, se las llama a estas algunas veces “hijos” de ciertas localidades, cualidades, afectos o situaciones, como “hijos de Oriente,” Jue. 6:3; “hijos de este siglo,” “hijos de la luz,” Luc. 16:8; “del infierno,” Mat. 23:15; “hijos de Belial” o “de indignidad,” Jue. 19:22; “de la desobediencia,” Efes. 2:2; “de perdición,” Juan 17:12. Aun los objetos inanimados eran llamados en hebreo “hijos” de otros de la misma clase, como productos en cierto sentido de ellos: así una saeta, en sentido figurado, puede decirse que es hijo del arco o del carcax (véase Job 41:28; Lam. 3:13, en el hebreo); y el grano trillado, de la era (véase Isa. 21:10, en el hebreo).

La palabra hebrea “ben,” hijo, ocurre en la formación de muchos nombres de personas, tribus, y de lugares, como Benjamín, Gén. 35:18; Bene-berac (o Bane-Barac), hijos del relámpago, Jos. 19:45.

Bar, término aramaico, como también hebreo en el estilo poético, para designar un hijo, se halla en el Nuevo Testamento como en Bartimeo, Mar. 10:46.

HIJO DE DAVID, 1 Crón. 19:22; Mat. 1:20; Luc. 3:31. Este término llegó a ser, con motivo de las profecías del Antiguo Testamento que anunciaban el dominio firme y glorioso de un descendiente de David, Isa. 9:7; Jer. 23:5; Amós 9:11, una de los dictados más usuales del Mesías, Mat. 12:23; 22:41,43; Mar. 12:35; Juan 7:42, y como tal se aplica repetidas veces a Jesús, Mat. 1:1; 9:27; 15:22; 20:30, 31; 21:9, 15; comp. Luc. 1:32.

HIJO DE DIOS, I., a Adán, por haber obtenido su origen directamente de Dios, y por haber sido dotado mental y moralmente a semejanza de él, se le llama así, Luc. 3:38; comp. Gén. 1:26, 27. Esta expresión está empleada primeramente en el plural, Gén. 6:2, 4, en donde, según el concepto de los mejores intérpretes, denota, no los ángeles, Luc. 20: 35, 36, sino los descendientes de Set, de cuyo linaje eran los piadosos patriarcas de que trata Gen. 5; comp. Gén. 4:26, y la expresión “hijas de los hombres,” con la cual se designa a las mujeres de la raza de Caín, el maldito, Gén. 4:9-10. El expresado término “hijos de Dios,” se aplica también a los ángeles, Job 1:6; 2:1; 38:7; y a los reyes y gobernantes, 1 Crón. 28:6; comp. Sal. 82:6; así como a los adoradores o pueblo escogido de Dios, además de los Setitas o sea los

descendientes de Set, Gén. 6:2, 4, a Israel, Exod. 4:22, 23; Deut. 14:1; Isa. 45:11; Jer. 3:4; 31:20; Ose. 1:10; y especialmente a los creyentes en Cristo, en virtud de haber sido adoptados por su Padre celestial, de haber nacido de nuevo en la familia espiritual de Dios, y de haber recibido una nueva naturaleza, divina por su origen y por su semejanza, Juan 1:12, 13; Rom. 8:14-17; Fil. 2:13-15; Heb. 12:5-7; 2 Ped. 1:4. Véase Regeneración. Nabucodonosor comparó al ser sobrehumano que vio en el horno ardiente acompañando a Sadrac y sus amigos, a un “hijo de Dios,” Dan. 3:25; comp. vers. 28. No es de creerse que el rey pagano tuviera en mira el referirse al “Hijo de Dios,” el Mesías.

II. El título de “Hijo de Dios,” pertenece en un sentido particular y siempre distinguible del en que se aplica a los hombres o a los ángeles, a nuestro Señor Jesucristo, y expresa la relación *sui generis* y eterna que tiene con el Padre, como el “Hijo Unigénito,” el Revelador del Padre, su agente en la creación y en la redención, en la providencia y en el juicio, Juan 1:14, 18, 34; 3:16; 5:22, 23; Heb. 1; comp. Sal. 2. Este título se aplica a Cristo más de 40 veces en el Nuevo Testamento, Mat. 3:17; 16:16, 17; 17:51; Apoc. 2:18.

Los judíos entendían, y con razón, que él se atribuía igualdad con Dios al arrogarse tal título, Juan 5:18; 10:30-36. La verdad de que el Mesías sería esencialmente divino se encierra en declaraciones terminantes de las Escrituras hebreas, Sal. 2; Isa. 7:14; 9:6; Miq. 5:2, las que eran entendidas hasta tal punto que el título “Hijo de Dios,” vino a ser uno de los nombres reconocidos del Mesías, Mat. 26:63; Mar. 14:61; Juan 1:49. Pero la gran mayoría de los judíos, atolondrados por sus conceptos terrenales acerca del Mesías y su misión, no pudieron hacerse cargo del pleno significado de estas Escrituras; se escandalizaron de la pobreza y falta de pompa mundanal de Jesús, y rechazaron como falso su título a ser el Mesías, y como blasfemo su anuncio de que era el Hijo de Dios en el sentido más profundo de este término, Mat. 26:63-66; Juan 5:18; 8:58, 59; 19:7. Véase Trinidad.

El don que el Padre hizo de su propio Hijo, es por sí mismo la mayor prueba de la enormidad del pecado, de la estricta santidad y justicia de Dios, y del amor que por su gracia profesa a los pecadores, Juan 3:16; Rom. 3:25, 26; 8:3, 32; Heb. 10:28, 29.

HIJO DEL HOMBRE, Esta expresión se usa a menudo en el Antiguo Testamento como equivalente de “hombre;” va unida a alusiones hechas a la debilidad humana, Núm. 23:19; Job 25:6; Sal. 144:3; 146:3, y nos hace recordar que hemos de ser humildes, Ezeq. 2:1, 3, 6, 8; 3:1, etc. Se aplica a Daniel, contemporáneo de Ezequiel, Dan. 8:17. En la visión que tuvo y refirió Daniel de los sucesivos reinos del mundo, después de bosquejar los cuatro prefigurados bajo formas de animales, Dan. 7:3-8, dicho profeta describe al gobernante del reino final, universal y eterno, como un “Hijo de Hombre,” vers. 13, 14, de aspecto humano, y con todo, llegándose muy cerca del “Anciano de días,” predicción notable de la unión de lo humano y lo divino en el Mesías. Véase también Dan. 10:16. El título “el Hijo del Hombre” que los judíos del tiempo de nuestro Señor entendieron que se refería al Mesías, Juan 12:34, es el que Cristo se dio a sí mismo con más frecuencia, alternándolo a veces con el de “Hijo de Dios,” Juan 1:49-51; 3:14-18; y aplicándose a sí mismo la profecía de Daniel, Mat. 26:63,64; comp. Apoc. 1:13; 14:14. Este título, según se le da a Cristo más de 80 veces en el Nuevo Testamento, implica no solamente que el Hijo de Dios sufrió humillación, Mat. 8:20, al hacerse verdadero hombre, Rom. 8:3, sino también que él fue el único hombre perfecto, sin pecado, y poseedor de toda clase de virtudes humanas; implica también que fue el hombre típico en lo personal, como elevado sobre las preocupaciones individuales de clases y nacionalidades; y en lo oficial, como el representante de la especie humana en su vida y muerte por el hombre. Según Agustín dice, “el Hijo de Dios se hizo Hijo del Hombre, para que vosotros que erais hijos de los hombres pudierais ser hechos hijos de Dios.” El Hijo de Dios es también Hijo del Hombre aún hoy día, en su exaltación a la gloria del Padre, Luc. 22:69; Hech. 7:55, 56, comp. Juan 17:5; y como tal lo liga



a los hombres una simpatía perfecta, Heb. 4:15, y ha de juzgar al mundo, Mat. 25:31; Juan 5:26, 27; Apoc. 5:9, 10. En Hech. 3:13, 26; 4:27, 30, a la palabra “hijo,” debe dársele el sentido de siervo. Compare Isa. 42:1; Mat. 12:18.

HIJOS, Una numerosa descendencia era considerada como una manifestación singular del favor divino, Sal. 127:3-5, y las esposas sin hijos procuraban por varios medios librarse del reproche de esterilidad. Se pedía esto hasta en la bendición dada a una pareja recién casada, Rut 4:11. A los dolores del parto, por ser tan repentinos y agudos, se hace alusión con frecuencia en la Escritura, Sal. 48:6; Isa. 53:11; Jer. 15:21; Juan 16:21. El apóstol Pablo habla de ellos como frutos y pruebas de la caída; pero asegura a aquellas que permanecen en la fe, que en medio de todo el sufrimiento que les hace recordar que la mujer fue la primera que cayó en la transgresión, Gen. 3:1.6, pueden con todo acudir confiadamente a Cristo, “la simiente de la mujer,” para ser aceptados y obtener la salvación, 1 Tim. 2:15.

Un niño recién nacido era lavado, frotado con sal, y envuelto en pañales, Ezeq. 16:4; Luc. 2:7-11. El hijo varón era circuncidado el día octavo, y entonces se le daba nombre. Cuando el niño tenía como tres años se le destetaba, y con ese motivo se hacía con frecuencia una fiesta, Gén. 21:8. Las madres árabes llevan hoy día a sus niños pequeñitos a horcadas sobre la cadera o los hombros, como se acostumbraba en tiempo de Isaías, cap. 49:22; 66:12. A la edad de cinco años, los hijos varones pasaban al cuidado especial del padre, para que éste les enseñase las artes y los deberes de la vida. En muchos casos, la nodriza de una niña la acompañaba toda su vida, Gén. 24:59; 35:8. Los hijos tenían que ser educados con la mayor diligencia y esmero, Deut. 6:20-23. Se les exigía que honrasen y obedeciesen a su padre y a su madre, y que estuviesen sometidos en todo a la dirección de aquel, Gén. 22:21; Núm. 30:5; hasta podían ser vendidos como siervos durante cierto tiempo, para pagar las deudas de su padre, Lev. 25:39-41; 2 Rey. 4:1; Mat. 18:25.

El hijo primogénito recibía, además de otros privilegios (véase Primogenitura) dos partes de los bienes de su padre; los otros hijos sólo recibían una cada uno. Los hijos de las concubinas recibían donaciones, y algunas veces una parte igual a la de los otros, Gén. 21:8-21; 25:1-6; 49:1-27; Jue. 11:1-7. Las hijas no recibían ningún dote, salvo en los casos prevenidos en Núm. 27:1-11.

Por un modismo hebreo, el término hijo o hijos se usa para expresar gran variedad de relaciones: a los buenos se les llama hijos de Dios, de la luz, del reino, etc.; y a los malos, hijos del diablo, de la ira, de desobediencia, etc. A un hombre fuerte se le llama hijo de la fuerza; a un impío, hijo de Belial; a un dardo, el hijo de un arco; a un ramo, el hijo de un árbol; la progenie de un hombre es “sus hijos,” por muchas generaciones.

HILADOS o HUSO, Las mujeres hebreas empleaban gran parte de su tiempo en hilar, Exod. 35:25, 26; Prov. 31:19; Mat. 6:28. La lana y el cáñamo se hilaban para hacer vestidos, y el pelo de cabra y de camello, para cilicios, siendo este último género usado también para atavíos de luto y ceñidores, y para cubiertas de tiendas de campaña; comp. Zac. 13:4; Mat. 3:4. Las diferentes fibras eran estiradas y torcidas para formar hilo, por medio de una rueca o huso, Prov. 31:19. En cuanto al procedimiento de hilar con el huso suspendido de una mano, mientras que con la otra se estira el hilo, está representado en las pinturas egipcias, y hoy día puede verse todavía en Palestina.

HIMENEO, *perteneciente al matrimonio*, un miembro de la iglesia, probablemente de Éfeso, que cayó en grandes errores de principio y práctica, 1 Tim. 1:20, y fue “entregado a Satanás” por Pablo. Esta expresión probablemente denota una excomunión eclesiástica, y la imposición por medio de Satanás de alguna enfermedad corporal, que tenía por objeto el provecho espiritual del paciente; comp. Job 1:6-12;

Mat. 4:1; 1 Cor. 5:5; 2 Cor. 12:7. Se habla después de Himeneo como pertinaz, siguiendo en el error, negando la resurrección, y corrompiendo la fe de los demás, 2 Tim. 2:17, 18, habiendo tal vez torcido las enseñanzas de Pablo en cuanto a la resurrección del espíritu de la muerte del pecado, Rom. 6:4; Efes. 2:6; Col. 2:12; 2 Ped. 3:16.

HIMNO, un cántico religioso, canto o salmo, Efes. 5:19; Col. 3:16. Pablo manda a los cristianos que se edifiquen los unos a los otros con “salmos e himnos y cantos espirituales.” Mateo dice que Cristo y sus discípulos, después de cenar, cantaron un himno, probablemente una parte de los salmos que los judíos acostumbraban cantar durante la pascua, y a los cuales llamaban el Hallel, esto es, los salmos de Aleluya. Estos salmos son del 113 al 118, de los cuales se supone que los dos primeros fueron cantados antes de que la pascua se comiese, y los otros después. Pablo y Silas cantaron himnos en la prisión, Hech. 16:25. Plinio refiere que los primitivos cristianos cantaban himnos a Cristo como Dios.

HINOM, un valle al oeste y al sur de Jerusalén, llamado también el “valle del hijo de Hinom” es una cañada profunda de paredes rocallosas, que pasa al sur de la puerta Jaffa, y luego al este, entre el Monte Sion al norte y el “Cerro del Mal Consejo” al sur, y se une al valle del Cedrón en el este. Era el límite entre Judá y Benjamín, Jos. 15:8; 18:16; Neh. 11:30. Su anchura varía de 50 a 100 yardas; y cerca de su parte más ancha que va a dar al Cedrón, se le llamaba Tofet, Jer. 7:31, 32; 19:2-6; 2 Rey. 23:10. Este fue el paraje en donde Salomón erigió lugares altos a Moloc, 1 Rey. 11:7; y Acaz y Manasés hicieron “pasar a sus hijos por el fuego,” 2 Rey. 16:3; 2 Crón. 28:3; 33:6; Jer. 32:35. Para poner fin a estas abominaciones, Josías profanó ese sitio con huesos humanos y otras contaminaciones, 2 Rey. 23:10, 13, 14; 2 Crón. 34:4, 5, y fue convertido en albañal en que echadas las inmundicias de la ciudad iban a dar al Cedrón. Por los fuegos de Moloc, y por la profanación de ese valle (comp. Isa. 30:33; 66:24), si no es por las piras funerarias que se supone ardían allí constantemente, cosa que no está bien autenticada, los judíos aplicaron posteriormente el nombre de este valle, que en la Septuaginta es Geena, al lugar de eternos sufrimientos destinado a los ángeles rebeldes y a los hombres condenados, y en este sentido se usa en el Nuevo Testamento, Mat. 5:22, 29, 30; 10:28; Mar. 9:43, 45, 47; Luc. 12:5; Sant. 3:6. Véase Infierno. Un antiguo acueducto la atraviesa abajo de la puerta occidental, y arriba “del estanque inferior.” El “estanque superior” está 700 yardas al nordeste de la puerta. No corre agua ahora en el lecho del valle, que está cultivado en algunas partes, y en Tofet hay jardines regados con el agua del estanque Siloé. El cerro al sur de Hinom está lleno de tumbas en ruinas; y en la falda sur de Tofet se halla el sitio tradicional del campo del alfarero (véase Aceldama), en donde todavía se beneficia por los alfareros una capa de barro.

El valle se llama ahora Wady er-Rabábi. Warren y Stanley opinan que el Hinom es idéntico con el valle del Cedrón, pero hay pocos que se adhieran a este parecer.

HIPÓCRITA, nombre dado a aquel que a semejanza de los cómicos, finge ser lo que no es. Este epíteto se aplica generalmente a los que tienen la apariencia de virtud y de piedad sin poseerlas en realidad. Nuestro Salvador acusó a los Fariseos de hipocresía, Luc. 12:1. Además de los que a sí mismos se engañan, los escritores distinguen cuatro clases de hipócritas: los “mundanos” que profesan una religión por miras egoístas, Mat. 23:5; los “legales” que obedecen la ley para merecer el cielo, sin tener un corazón renovado, Rom. 10:3; los “evangélicos” que se regocijan con la idea de que Cristo murió por ellos, pero no siguen una vida que manifieste una fe sincera, 2 Ped. 2:20; y los “entusiastas” que confían en sistemas y sentimientos, sin los frutos del Espíritu, 2 Cor. 11:13-15.

HIRAM, *hidalgo*, I., rey de Tiro, amigo de David, 1 Rey. 5:1, que le proporcionó a éste materiales y obreros para su palacio, 2 Sam. 5:11; 1 Crón. 14:1; y después de Salomón a quien él, o tal vez su hijo,

suministró oro, madera y hombres para la construcción del templo, y probablemente para la de su palacio, 1 Rey. 5; 9:11; 10:11, 12; 2 Crón. 2:3-16; 9:10, 11. Salomón en cambio le enviaba anualmente provisiones de grano, vino y aceite, y además dio a Hiram 20 ciudades de Galilea, 1 Rey. 9:11-13. Véase Cabul. Hiram ayudó a Salomón en sus empresas comerciales por mar, 1 Rey. 9:26-28; 10:11, 22; 2 Crón. 8:17, 18; 9:10. Josefo dice que mejoró grandemente a Tiro, y que reinó 34 años.

II. Un artífice inteligente de Tiro, bajo cuya dirección se hicieron las decoraciones interiores y los utensilios del templo de Salomón, 1 Rey. 7:13-45; 2 Crón. 2:13, 14; 4:11-16.

HISOPO, fue usado en la primera celebración de la Pascua, Exod. 12:22, y en las purificaciones ceremoniales de los Israelitas, Lev. 14:4-7, 49-52; Núm. 19:6, 18, 19; Heb. 9:19-21; comp. Sal. 51:7. Algunas veces crecía en las paredes, 1 Rey. 4:33. Parece que tenía un tallo largo, Juan 19:29, aunque bien pudieron haberse atado a una esponja algunos ramitos de él y luego haberse asegurado todo junto al extremo de una vara o caña, Mat. 27:48. Era tal vez una especie de mejorana, *Origanum maru*, planta que tiene un tallo derecho, con pequeñas hojas vellosas, y una flor blanca de olor aromático y de sabor picante, abundante en Siria, y que algunas veces se halla en las paredes de los terrados. Otros han creído que se hace referencia a la alcaparra, que se encuentra en Palestina, crece en las paredes, tiene propiedades detergentes, y puede producir un tallo de tres o cuatro pies de longitud.

HOBAB, *favorecido*, príncipe Madianita hijo de Ragüel, Núm. 10:29-32, y probablemente cuñado de Moisés. Se hace mención de él en el registro del segundo año después del Éxodo. Al fin accedió a las instancias de Moisés que deseaba unir su suerte a la de Israel, Jue. 1:16; 4:11. La palabra traducida "cuñado," y aplicada a Jetro así como a Hobab, Exod. 3:1; 4:18; 18:1, tal vez significa en Jue. 4:11 simplemente una relación de parentesco por matrimonio, es decir, uno cuya casa dio esposa a Moisés. Véase Jetro.

HOBAB, lugar dos o tres millas al norte de Damasco, hasta el cual persiguió Abraham a sus aliados enemigos, Gén. 14:15.

HOJA. Las hojas del olivo, Gén. 8:11, de la encina, Isa. 1:30; 6:13, y de la higuera, Gén. 3:7; Mat. 24:32, se mencionan en la Biblia, y se hacen muy propias y bellas alusiones a las hojas en general, como símbolo de prosperidad y de gracia, Sal. 1:3; Jer. 17:8, de adversidad y decadencia, Job 13:25; Isa. 64:6; Mat. 21:19. Véase también Lev. 26:36; Isa. 34:4; Dan. 4:12, 14, 21; Mar. 13:28; Apoc. 22:1, 2.

HOJALDRE, Exod. 16:31, una torta delgada hecha de flor de harina, sin levadura, y cuyo uso se relaciona con varias ofrendas; se untaba para ese objeto aceite dulce, Exod. 29:2, 23; Lev. 2:4; 7:12; 8:26; Núm. 6:15, 19; 1 Crón. 23:29.

HOLDA, comadreja, esposa de Salum, profetiza en el reinado de Josías, habiendo sido consultada respecto de las censuras y amenazas hechas en la copia que se acababa de hallar del libro de la ley, 2 Reyes 22:14-20; 2 Crón. 34:22-28, 623 A. C. Véase Profetiza.

HOMBRES de a pie, Exod. 12:37; Núm. 11:21, esto es, soldados de infantería cuya ligereza para correr era muy ponderada, 2 Sam. 1:23; 2:18; 1 Crón. 12:8; Jer. 12:5. Otra palabra hebrea traducida así, se aplicaba también a los correos o acompañantes de los príncipes orientales, enseñados a correr delante de sus carros, y de los cuales se habla en 1 Sam. 8:11; 22:17. De ese modo Elías corrió delante de Acab, 1 Rey. 18:46. La ligereza y resistencia de algunos de estos correos rayaban en lo increíble.

HOMBRO. Siendo llevadas comúnmente las cargas en los hombros, Núm. 7:9, Sal. 81:6, la expresión “bajar el hombro,” denota servidumbre, Gén. 49:15, y “dar hombro rehuidor o rebelador,” denota rebelión, Neh. 9:29; Zac. 7:11.

HOMER o COR, la medida de mayor capacidad para áridos que usaban los Hebreos, igual a diez batos o efas, y que contenía cosa de ocho fanegas americanas, Ezeq. 45:14. Véase Medidas.

HOMICIDIO, el acto de quitar la vida humana con malicia premeditada fue, según el designio original de Dios, un crimen que debía castigarse con la muerte. Caín, el primer homicida, lo reconoció así, Gén. 4:14. El fundamento para imponer la pena de muerte al homicida, es la elevada dignidad y santidad del hombre como criatura de Dios, Gén. 9:5, 6. Aun a un buey que hería con los cuernos a un hombre, se le daba muerte, y a su dueño también si eso se debía al descuido de éste, Exod. 21:25-31. Como el día del Señor y el matrimonio, esa pena es una institución primitiva y universal para el género humano, y todas las naciones lo han reconocido así, Hech. 28:4. El código mosaico lo decretó de nuevo, Ley. 24:17; y a la vez que proveía un refugio seguro para el homicida que había matado sin intención, declara que el homicidio premeditado, probado por dos testigos por lo menos, Núm. 35:19-30; Deut. 19:15, debe ser castigado con la muerte, contra la cual ni la ciudad de refugio, ni el altar de Dios, podía escudar al criminal, Exod. 21:12-14; Núm. 35:9-34; Deut. 19:1-13; 1 Rey. 2:5, 6, 28-34. Dar muerte a un ladrón en el acto de robar no era un crimen, si eso se verificaba por la noche, Exod. 22:2, 3. Véanse Vengador de la sangre, Refugio. Se infligía la muerte comúnmente por medio de la lapidación, y los mismos reyes a menudo presenciaban la ejecución de la pena capital, 2 Sam. 1:15, 16; 13:39; 14:7-11; 1 Rey. 2:31, 34. Si se hallaba un cadáver al raso en el campo, y no se podía descubrir el asesino, la ciudad más próxima a ese sitio estaba obligada a purificarse por medio de una solemne ceremonia, para no quedar expuesta a los juicios de Dios, Deut. 21:1-9. La Biblia nos pone de manifiesto de varias maneras que Dios aborrece de un modo especial este crimen y hace infalible su castigo, Deut. 32:43; 2 Sam. 21:1; Sal. 9:12; 55:23; Ose. 1:4; Apoc. 22:15. Nuestro Salvador nos enseña que uno puede ser culpable ante la vista de Dios de aquellos homicidios que se conciben en la mente sin que se lleguen a cometer de hecho, Mat. 5:21, 22, 1 Juan 3:15. Nada en particular se dice en la ley respecto del suicidio, y la Biblia relata sólo los cometidos por Saúl, Ahitofel y Judas, 1 Sam. 31:4; 2 Sam. 17:23; Hech. 1:18. De todas las muertes que se cometen, la del alma es sin comparación la más terrible, Juan 8:44, y hay muchos que hasta arrastran a otros consigo a la segunda muerte.

HONDA, una arma favorita de los pastores orientales, 1 Sam. 17:40; comp. la metáfora de Abigail, esposa de Nabal el gran propietario de rebaños, 1 Sam. 25:29. Era también muy eficaz en la guerra, Jue. 20:16; 1 Sam. 17:49, 50; 2 Rey. 3:25; 1 Crón. 12:2; y era empleada ordinariamente no sólo por las tropas israelitas, sino también por las sirias, 1 Mac. 9:11, las asirias, Judit 9:7, las egipcias y las persas. Las piedras para la honda eran escogidas por su cisura, 1 Sam. 17:40, y Uzías tenía depósitos de ellas para sus tropas, 2 Crón. 26: 14. La honda suministró a Jeremías la imagen de una muerte o desaparición violenta, Jer. 10:18. Los viajeros hablan de los pastores beduinos modernos, como diestros en el uso de esta arma. Véase Guerra.

HOR, *montaña*, l., la montaña en que murió Aarón, y le sucedió Eleazar, su hijo, como sumo sacerdote, Núm. 20-22-29; 33:38, 39; Deut. 32:50. Estaba en la frontera de Edom, Núm. 33:37, entre Cades y Salmona, vers. 37, 41. Mosera se hallaba al pie, Deut. 10:6. Puede ser el pico más alto y notable de la cordillera de rocas areniscas del monte Seir, la cual se extiende a lo largo del lado oriental del Arabah, des de cerca del Mar Muerto hasta el golfo de Akaba. Esa Hor está a la mitad de dicha cordillera, como a 50 millas de cada una de sus extremidades. Ahora se le llama Jebel Neby Harán, “monte del profeta Aarón.” Se eleva 4,800 pies sobre el Mediterráneo, 4,000 sobre el Arabah, y 6,000 sobre el Mar Muerto.

“Se distingue desde cerca y desde lejos,” dice Stanley, “por su doble cima, que se levanta sobre la parte inferior del monte a guisa de enorme edificio encastellado. En el pico oriental está el “sepulcro de Aarón,” nombre dado a una pequeña capilla mahometana construida sobre el supuesto sepulcro con los restos de un edificio más antiguo, y a la cual se hacen peregrinaciones. Véase Sela.

Muchos investigadores, sin embargo, identifican ahora el monte Hor, en donde Aarón murió, con Jebel Madurah, 33 millas al sudoeste del Mar Muerto, y en la frontera occidental de Edom, tierra a la cual les estaba prohibido a los Hebreos entrar, Núm. 20:14-21, o poseer, Deut. 2:5. Madurah es una montaña en forma de ciudadela, alta y aislada, en el punto donde confinan Canaán, Edom y Zin.

II. Una montaña en el límite septentrional de la Tierra Prometida, Núm. 34:7, 8. Según algunos, toda la cordillera del Líbano; pero quizá sólo el pico más alto de ella, Dahar el-Kudib, como a 25 millas de su extremidad septentrional. Véase Líbano.

HORA, algunas veces un tiempo corto, indeterminado, Dan. 3:6; 4:19, 33; Mat. 9:22; Juan 7:30; otras, una ocasión temporada o época determinada, Luc. 22:53; Juan 2:4; 4:21, 23; y otras, por último, una de las doce partes en que se dividía el día, Hech. 5:7; 19:34. Aunque los Egipcios, desde tiempos muy antiguos, dividieron tanto el día como la noche en doce partes iguales, los Hebreos no lo hicieron así, sino que empleaban tres divisiones generales: “tarde,” mañana” y “medio día,” Sal. 55:17, y luego dividían el día en fracciones desiguales como los Árabes lo acostumbran ahora. Los Babilonios dividían el día en 12 partes u horas iguales, y después de ellos los Griegos, y los judíos durante la cautividad o antes de ella. Tal era la costumbre en el tiempo de nuestro Señor, Juan 11:9. Se contaban las horas desde la salida del sol hasta su puesto, de manera que las horas tercera, sexta y novena correspondían casi exactamente a las nueve de la mañana, al medio día y a las tres de la tarde; y éstas, según Josefo, eran las horas señaladas para la oración. Véase Hech. 3:1; 10:9, 30. Por los Romanos, las horas se contaban desde la media noche hasta el mediodía, y desde el mediodía hasta la media noche; y algunos comentadores piensan que este fue el sistema usado por Juan en su Evangelio, 1:39; 4:6. Esta suposición armonizaría lo dicho por Juan 19:14, de que Jesús fue entregado a los judíos por Pilato, “como a la hora de sexta,” es decir, a las 6 de la mañana, con lo expuesto por los otros evangelistas con respecto a que la crucifixión tuvo lugar a “la hora tercera,” correspondiente según el cómputo de los judíos, a las 9 de la mañana; y el oscurecimiento del sol desde la hora de sexta a la novena, es decir, de las doce a las tres de la tarde, Mat. 27:45; Mar. 15: 33; Luc. 23:44, concediéndose algún tiempo por el que se gastaría en ir al Calvario, y en erigir y ocupar las otras cruces. Contándose las horas en la Biblia desde la salida hasta la puesta del sol, variaba por supuesto su medida según que era invierno o verano. La hora astronómica, o la veinticuatroava parte de un día civil, no llegó a estar en uso general sino hasta fines del siglo cuarto después de Cristo. La hora undécima, por terminar con la puesta del sol, llegó a ser una expresión proverbial de tardanza, Mat. 20: 1-10. La noche estaba dividida en vigilias. Véase esta palabra. No se sabe por qué medios determinaban los judíos la duración de sus horas, pero lo hacían sin duda valiéndose de una especie de cuadrante solar con divisiones hechas cuidadosamente, porque las horas del día ya se señalaban en tiempo de Acáz, Isa. 38:8; y probablemente usaban también la clepsidra o reloj de agua, u otras invenciones conocidas a los Persas, los Griegos y los Romanos.

HOREOS, o HORIM, *moradores en cuevas*, una raza de hombres que habitaron en tiempos muy antiguos en el monte Seir, de donde fueron arrojados por los Idumeos, Gén. 14:6; Deut. 2:12, 22. Se supone que habitaban en cuevas como los hombres a que se alude en Job 30:6, y que estaban divididos en tribus, Gén. 36:20-30.

HORMA, destrucción, Núm. 21:1-3, llamada también Sefat, ciudad en el extremo sur de Canaán, cerca de la cual fueron derrotados los Hebreos rebeldes, en el año siguiente al de la salida de Egipto, Núm. 14:45; fue después assolada, Jue. 1:16, 17. Los Simeonitas la poblaron de nuevo, Jos. 19:4, y David les envió algunos de los despojos tomados a los Amalecitas, 1 Sam. 30:30. En algunos pasajes parece que se le da este nombre por anticipación. Palmer y Drake la sitúan en Sebaiteh; Robinson en Es-sufá, 30 millas al este. Véase Sefat.

HORMIGA, pequeño insecto que se distingue por su laboriosidad y economía, por sus hábitos de asociación, y habilidad para construirse morada. Algunas especies fabrican habitaciones verdaderamente inmensas cuando se las compara con el tamaño de ellas mismas, capaces de dar cabida a una docena de hombres. Los hormigueros tienen techos a prueba de lluvia, y contienen muchísimos pisos, corredores, etc. Las hormigas prodigan el mayor cuidado y esmero a sus hijuelos, tanto en el huevo, como en el estado de crisálida. Las termitas u hormigas blancas, son grandes y muy destructoras.

Se sabe que muchas variedades de hormigas prefieren el alimento animal o el sacarino, y muchos dicen que no se ha visto todavía ninguna especie que almacene grano para el invierno, porque mientras el hielo continúa viven todas adormecidas. La creencia contraria sin embargo era general entre los antiguos, como lo prueban muchos pasajes de escritores judíos, griegos y romanos; y dos especies de hormigas que depositan alimento para el invierno han sido encontradas en Palestina. Salomón, Prov. 6:6, las encomia por trabajar desde tan temprano y durante todo el tiempo que la estación se lo permite, y nos manda que empleemos con igual diligencia nuestra vida y nuestras oportunidades, Prov. 30:24, 25. Los animales irracionales son en muchos respectos más cuerdos que el hombre pecador, Job 12:7, 8.

HORNO, por esta palabra se han traducido varias hebreas y una griega que denotan: (1) un horno para cocer el pan, Gén. 15:17; Neh. 3:11. Véase Pan. (2) Uno para fundir, o una calera, Gén. 19:28; Exod. 9:8. (3) Uno para refinar, Prov. 17:3 (Reina, fragua); Isa. 48:10; Ezeq. 22:18-22. (4) Un crisol, Sal. 12:6. (5) Una construcción caldea para el castigo capital, Jer. 29:22; Dan. 3:19-26; Apoc. 1:15; 9:2.

HORONAIM, dos cavernas, ciudad de Moab, al parecer en una altura, Isa. 15:5; Jer. 48:3, 5, 34.

HORONITA, Sanbalat, Neh. 2:10, 19; 13:28, puede haber venido de Horonain, o de Bet-horon.

HORQUILLAS, 1 Sam. 13:21, eran simplemente grandes garabatos para la carne.

HOSANNA, ¡salva ahora! o salva, te rogamos, una exclamación para invocar la bendición de Dios a favor del Mesías, usada por las multitudes que dieron la bienvenida a Cristo cuando entró a Jerusalén, Mat. 21:9, 15. Las dos palabras hebreas que la componen, comienzan el versículo 25 del Salmo 118, y eran pronunciadas en alta voz por las congregaciones en el templo, en las alegres fiestas de los Tabernáculos, como respuesta dada a intervalos al cántico del gran Aleluya, Sal. 113-118, entonado por uno de los sacerdotes. La primitiva iglesia cristiana adoptó esta palabra en sus cultos.

HOSPITALIDAD, se da este nombre al acto y a la cualidad del que proporciona alimento y posada de un modo espontaneo y sin remuneración a un amigo o a un viajero. Nos traen continuamente a la memoria de este deber las bondades de Dios para con los hombres, que somos peregrinos y transeúntes aquí en la tierra, Sal. 23:3; y el hecho de alimentar Cristo a las multitudes proporcionándoles alimento material y espiritual, y de invitarlas al festín celestial, sin dinero y sin precio, Luc. 14:15-24; Apoc. 19:9. Esta era una virtud de gran necesidad y muy practicada en el mundo antiguamente, debido al estado de la sociedad,

la carencia de posadas públicas, a lo diseminado de la población, y lo corto de las jornadas. Se ejemplifica de un modo muy hermoso en las historias de Abraham, Lot, Gén. 18; 19, Raguél, Exód. 2:20; Manoa, Jue. 13:15, y el Efraimita de Gabaa, Jue. 19:17. Véase también Job 31:17. Fue ordenada por Dios, Lev. 19:33, 34; Deut. 14:29, y los Benjamitas que tan escandalosamente violaron sus derechos, sufrieron un espantoso castigo, Jue. 19:15, 22 hasta 20:48. Las animosidades nacionales y el fanatismo algunas veces impedían su ejercicio, como en Jue. 19:12; Luc. 9:53; Juan 4:9. Nuestro Señor vino a los suyos, pero ellos no le recibieron. Mandó a sus apóstoles que aceptasen los servicios que se les ofreciesen, Luc. 10:4-8, y encomió tales actos especialmente cuando se ejecutaban por amor a él, Mat. 10:40-42; 25:34-45; Mar. 9:41; y por otra parte advirtió que los que no recibiesen a sus discípulos serían como si a “él mismo lo rechazasen también.” Por medio de sus apóstoles encareció repetidas veces el deber de la hospitalidad, Rom. 12:13; 1 Tim. 3:2; 5:10; Tit. 1:8; Heb. 13:2; 1 Ped. 4:9; 3 Juan 5-8; y los primitivos cristianos la miraban como un deber cardinal y la practicaban en términos que se captaban la admiración de los paganos. Daban buena acogida especialmente a todos los miembros de “la casa de la fe,” de cualquier lugar que fueran, y éstos eran comúnmente portadores de cartas de recomendación. Se tenía como cosa oprobiosa el que un cristiano se tuviese que hospedar en una posada cuando vivía otro de su religión en las inmediaciones. Todavía muchos viajeros ven practicada gratuitamente esta virtud en el Oriente.

De la Roque refiere un incidente verificado en la casa de un sacerdote de una población maronita, que le dio hospedaje una noche. Dice así: “Nos dio de cenar bajo los árboles, en frente de su pequeña habitación. Estando a la mesa, llegó un forastero de turbante blanco, quien después de haber saludado a los concurrentes, se sentó a ella sin cumplimiento ninguno, comió con nosotros durante algún tiempo, y en seguida se fue, repitiendo varias veces el nombre de Dios. El sacerdote nos dijo que ese forastero debía ser algún viajero que teniendo necesidad de refrigerio, había aprovechado la oportunidad de tomarlo, según la costumbre que se tiene en el Oriente de ejercer la hospitalidad en todo tiempo y con toda clase de personas.”

Niebuhr dice: “Cuando los Árabes están a la mesa, invitan a los que por casualidad llegan, a que coman con ellos, ya sean cristianos o mahometanos, gente culta o sencilla. En las caravanas he visto a menudo con gusto a un arriero de mulas instar a los transeúntes a que participaran de su comida; y aun cuando la mayor parte se excusaran cortésmente, daba con aire de satisfacción a los que aceptaban, una parte de su frugal alimento, el cual se componía de pan y de dátiles; y no me causó poca sorpresa ver en Turquía a Turcos ricos retirarse a los rincones para no verse en el caso de invitar a los que de otra manera se habrían sentado a la mesa con ellos.”

Son de notarse aquí también las obligaciones que se contraen tácitamente con el hecho de comer en la mesa. “Cuando un beduino come pan con algunos forasteros, pueden estos confiar en su lealtad y contar con su protección. El viajero, por lo tanto, siempre hará bien en aprovechar la primera oportunidad que se le presente de asegurarse de la amistad de su guía comiendo junto con él.” Esto trae a la memoria la queja que lanzó el Salmista, Sal. 41:9, penetrado de la profunda ingratitud de uno a quién descubre como que había sido su amigo de confianza, “el que de mi pan comía, alzó contra mí el calcañar.”

HUCUCA, *sajado*, en el límite de Neftalí, Jos. 19:34; ahora Yakuk, al oeste del Mar de Galilea, 7 millas al sur de Safed.

HUÉRFANOS. La ley hebrea los protegía de un modo especial, Deut. 14:29; 24:17; Sant. 1:27. En Juan 14:18, “huérfanos” quiere decir sin protector. La misma palabra griega, usada como participio, se traduce en 1 Tes. 2:17, “privados de vosotros.”

HUERTOS o HUERTAS, se mencionan con frecuencia en las Sagradas Escrituras, y eran de distintas especies. En algunos casos se asemejaban a lo que hoy se denomina “vergel,” y tenían flores además de plantas útiles. Véase Jardines. Se formaban, si era posible, junto a un río o una fuente, Gén. 13:10; Núm. 24:6. En otros lugares se hacían depósitos o estanques, de los cuales se sacaba el agua distribuyéndola de varias maneras según se necesitaba, Prov. 21:1; Cant. 4:12-16; Isa. 58:11. Los huertos estaban rodeados de muros o de setos de rosales, granados silvestres, u otros arbustos, muchos de los cuales en Palestina tienen grandes punzantes espinas, 2 Sam. 23:6, 7; Job 1:10; Prov. 15:19; Ose. 2:6. A menudo, sin embargo, se dejaban sin cerca, y eran vigilados cuando sus frutos comenzaban a madurar, Isa. 1:8; Jer. 4:16, 17. Todavía se acostumbra en Egipto, Siria, Arabia e Indostán, plantar en un gran pedazo de terreno plano, melones, pepinos, etc., y construir una pequeña cabaña o enramada en un terraplén que se forma en el centro. En esa casucha se estaciona un solitario vigía, quien permanece allí día y noche hasta que los frutos se recogen, Job 27:18. Una cabaña de esas en ruinas es la imagen misma de la desolación, Isa. 1:8. Los huertos y las arboledas eran provistos, en muchos casos, de cenadores, asientos, etc., y se acudía allí para celebrar banquetas y festines, Isa. 51:3; para buscar retiro y meditar, Juan 18:1; para practicar ejercicios de devoción, Mat. 26:30; Juan 1:48; 18:1, 2, y para entregarse a abominaciones idolátricas, 1 Rey. 14:23; Isa. 1:29; 65:3; 66:17; Jer. 2:20; 3:6. El sepulcro de una familia se preparaba con frecuencia en un jardín, 2 Rey. 21:18, 26; Juan 19:41. Había muchos jardines alrededor de Jerusalén. “Los Jardines de Salomón” estaban en Wady-Urtás, al sur de Belén,” Eccl. 2:5, 6. “Los Huertos del Rey” estaban cerca de la cisterna de Siloam, en donde se juntaban los valles de Hinom y Josafat, 2 Rey. 25:4; Neh. 3:15; Jer. 39:4. La mención que se hace de 250 términos de botánica en las Escrituras Hebreas prueba la importancia que los Israelitas daban a la horticultura. En Cant. 4:12-16, Cristo compara su iglesia a un huerto, y llama a los vientos del Espíritu a que soplen sobre ella a fin de que la hagan olorosa y fructífera para la gloria de Dios, Juan 15:8. El huerto del corazón del creyente necesita tanto del aire penetrante del norte, como del viento tibio y suave del sur.

HUESPED, el que daba hospitalidad, Rom. 16:23, o el encargado de una pasada, Luc. 19:35 (Reina, Mesonero).

HULDA, Véase Holda.

HUMILDAD, (del latín *humus*, la tierra,) modestia de espíritu; cualidad que debe caracterizar a todos los seres criados, y poseída por todos los santos, ya sea los que no han caído, o los redimidos, Isa. 6:2, 3; Apoc. 4:8-11; 7:9-12. Como gracia cristiana se produce en el corazón renovado por el Espíritu Santo. Dimana del convencimiento que uno adquiere de su propia debilidad, indignidad y estado pecaminoso, y de la necesidad que tiene de la gracia de Dios para todo lo bueno; y da por resultado el que no se conceptúa uno a sí mismo más favorablemente de lo que debe, Luc. 17:10; Rom. 12:3; Filip. 2:3, 4, sino que, al contrario, da toda la gloria a Dios, 1 Cor. 4:7; 2 Cor. 3:5, y se somete a su santa voluntad. Siendo como es dicha cualidad una especie de reconocimiento o confesión de la necesidad que de Dios tenemos, es indispensable que la poseamos para ser aceptados por El y para crecer en santidad. De aquí el que Dios la exija del hombre, Miq. 6:8; el que se haya prometido la bendición divina a los que la posean, Isa. 57:15; 1 Ped. 5:5; el que se encarezca por Cristo de palabra y con su ejemplo como indispensable a sus discípulos, Mat. 18:4; Luc. 18:14; Col. 3:12; Juan 13:4-17; Filip. 2:5-8. Se amenazaba con castigo a los que tienen el defecto opuesto, el orgullo, que es una abominación a Dios, Isa. 2:11-17; Prov. 16:5. Hay una humildad falsa y afectada, una especie de velo que cubre el orgullo espiritual, y



consiste en sujetarse el hombre voluntariamente a cosas no mandadas por Dios, al mismo tiempo que hace poco o ningún caso de Cristo y de sus preceptos. Respecto de eso se nos amonesta que estemos alerta, Col. 2:18-23.

HUR, agujero, uno de los principales entre los Hebreos en el desierto, quien se asoció con Aarón para levantarle las manos a Moisés en Refidim, y para ocupar el lugar de este en tanto que estaba en la cima del Sinaí, Exod. 17:10, 12; 24:14.

Se mencionan otros cuatro hombres de este nombre, Exod. 31:2; Nú. 31:8; 1 Rey. 4:8; Neh. 3:9.

HURTO, Exod. 20:15; Prov. 22:22; se castiga bajo la ley de Moisés exigiendo la restitución completa, la cual se obtenía en caso de necesidad por medio de la venta de los bienes del ladrón o alquilando los servicios de este hasta que se hubiera recaudado el monto de lo hurtado, Prov. 6:31. Cuando lo robado era un animal, había que indemnizar el doble si se devolvía vivo, Exod. 22:3-8; si el ladrón había vendido el animal o lo había inutilizado, debía pagar el cuádruplo, si este era oveja o cabrito; y el quintuplo si era buey o res de ganado vacuno, Exod. 22:1; 2 Sam. 12:6; Luc. 19:8. El oro o la plata habían de ser restituidos con un quinto más. Si el ladrón estaba imposibilitado para hacer la restitución, era vendido temporalmente como esclavo, juntamente con su esposa e hijos, Gén. 44:17; 2 Rey. 4:1. Podía matarse impunemente al ladrón que fuese descubierto de noche en flagrante, y el que hurtaba gentes era castigado con la pena capital, Exod. 21:16; 22:2; Deut. 24:7.

HUZ, UZ, o HUS, *lleno de árboles*, fértil, l., hijo de Aram, (Uz) Gén. 10:23, Y nieto de Sem, (Hus) 1 Crón. 1:17.

II. (Huz) Hijo de Nacor y de Milca, Gén. 22:21.

III. (Huz) Un príncipe horeo, Gén. 36:28; 1 Crón. 1:42.

IV. (Hus) La tierra en donde moró Job, Job 1:1. Los setenta la llaman Ausitis. Parece que fue una región de la Arabia desierta, entre Palestina, Idumea y el Eufrates, al alcance de los Sabeos y Caldeos, Job 1:15, 17, cerca de los Edomitas, Job 30:6, 7; Lam. 4:21, y en un tiempo parte de Idumea. Elifaz, el Temanita, era Idumeo. Véase Teman. No se sabe con certeza si sus habitantes eran descendientes de Uz el hijo de Aram, de Huz el hijo de Nacor, o de Huz el Horeo, Gén. 10:23; 22:21; 36:28. Parece que tenían bastante conocimiento del verdadero Dios y de los principios de virtud y de religión.

HUSAI, priesa, el Arquita, quizá un ciudadano de Archi, Jos. 16:2. Véase 2 Sam. 15:32-37; 16:16-19; 17; 1 Rey. 4:16; 1 Crón. 27:33. Era amigo o compañero de David, y probablemente bien entrado en años, puesto que David sugirió que le serviría de carga al huir de Absalón, comp. 2 Sam. 19:35, pero que podría prestarle un importante servicio como consejero de este príncipe. Dios no sancionó la política engañosa de David y de Husai; mas permitió con todo, que la hipocresía y la traición de Absalón fuesen castigadas por medio de pecados semejantes cometidos por Husai.